JULIO

26

SE TIMO A ERSARIO

OMINGO

DIA DE LA ABUELA

...a, Madre de Nstra. Sra. Santos Pastor y Valente, confesores.
... Jacinto y Olimpo, mártires, Santa Laudosia, mártir

EFEMERIDES

- Muere Pepe Antonio, el valiente defensor de Guanabacoa
Sol 5.57 a 7.14 - Luna Nueva Cu...

Lunes de Revolución ... 69...

EDITORIAL

Este número de "LUNES" no pretende tener la verdad histórica cogida por los cuernos. Ni siquiera es un intento de recoger los testimonios de una fecha inolvidable. Es, sí, una reconstrucción literaria de un momento. La forma no es original ni nueva, pero nunca se había aplicado a un día tan significativo como el 26 de Julio. Se ha acudido a los testimonios personales para dar el tono de la presencia individual, del papel grandioso o ínfimo que tuvieron unos hombres en una fecha histórica, fecha que todos esos hombres —los héroes y los espectadores, los mártires y los testigos— convirtieron en un monumento para la historia. También se acudió a los periódicos del día para enmarcar los acontecimientos en un cuadro que, por inferencia dialéctica, de cierta manera lo prefiguraba o describía, dejando ver que el acto —la acción bélica, el movimiento político, las implicaciones históricas— no estaban aisladas de la historia del momento, sino que eran su producto natural.

Creemos, sinceramente, que en este sentido, "LUNES DE REVOLUCION", en esta fecha, se convertirá en una crónica que será —salvando las distancias, tomando esta declaración como metáfora— al 26 de Julio lo que "El Anábasis", de Jenofonte, fué a la retirada de los diez mil griegos de la Mesopotamia.



Hemos llegado al séptimo aniversario del 26 de Julio de 1953, convertido ya, gracias a la acción victoriosa de las tropas de la Sierra Maestra y al proceso transformador de la Revolución Cubana, en la fecha más fértil de nuestra historia. El 26 de Julio de 1953 no es un fenómeno aislado, no surge por generación espontánea, sino que es el producto de la radicalización de una conciencia revolucionaria y de la práctica de la porción más viva de esa conciencia. Ante el drama que fue ese momento histórico, no cabe en estos momentos de Revolución, la mirada nostálgica ni sentimental, sino la identificación con los héroes caídos y la solidaridad con los sobrevivientes de aquella acción heroica, que hoy dirigen el proceso revolucionario cubano.

Una de las características más importantes del 26 de Julio de 1953, es que la juventud que lo llevó a cabo estableció un deslinde definitivo con el pasado político nacional, levantando una tesis de acción directa y ataque frontal contra la tiranía, sin esperar por invasiones venidas del extranjero, dirigidas por los que preparaban "La tremenda" y otras monstruosidades. El 26 de Julio no era un *putsch*, en el sentido en que significaba un movimiento previo de asalto a una fortaleza militar, para provocar con el ejemplo el levantamiento de la población civil con el menor derramamiento de sangre; Fidel Castro había previsto, que siendo Oriente la provincia tradicionalmente más combativa de Cuba, al comenzar allí la insurrección se le uniría el resto del país en el combate, que sería llevado, naturalmente, a campos y montañas.

El asalto al Cuartel Moncada significó un esfuerzo de organización política que únicamente podía ser realizado por una dirigencia muy efectiva: reunir en aquellas condiciones a más de cien jóvenes para asaltar una fortaleza y desencadenar una Revolución, obtener sin la ayuda de ningún grupo organizado un arsenal para el combate, es una hazaña política. Era aquélla una juventud revolucionaria confiada solamente a su lucidez, coraje y capacidad, sin otra ayuda que la del pueblo, que en las condiciones de entonces no podía ser tan grande como lo fue después.

El 26 de Julio creó una conciencia de fe revolucionaria, al mismo tiempo que puso al desnudo toda la ferocidad de la tiranía, que se ensañó con los prisioneros salvajemente y se lanzó sobre la indefensa ciudad de Santiago de Cuba. Esta última fue testigo de lo que podían hacer las fuerzas desencadenadas de la tiranía: se produjo una toma de conciencia que en todo su dolor y extensión hizo de la ciudad de Santiago de Cuba y de la Provincia de Oriente, el centro de los más encarnizados combates contra la tiranía. Pero esa conciencia se extendió a todo el país donde la tiranía tuvo que enfrentarse con la ira popular hasta que se derrumbó por el esfuerzo coordinado y consciente de todo el pueblo de Cuba.

El Movimiento iniciado en Santiago de Cuba tenía unaideología y fue, dentro de su circunstancia, creador de ideología. Fidel había previsto que la lucha en la ciudad no sería tan fructífera como en el campo, puesto que el imperialismo había penetrado mucho más en la ciudad, y allí se encontraban las fuerzas de represión y los mejores efectivos del ejército. Después del Moncada la estrategia de Fidel Castro varió: él mismo prefería el principio de la técnica guerrillera de pegar y retirarse, o el cerco, agotando al enemigo, e impidiendo la llegada de refuerzos que a su vez eran cercados en las emboscadas. Fidel Castro tendió a no atacar con frecuencia posiciones fuertes del enemigo, por la gran pérdida de hombres que esto suponía en la mayor parte de los casos.

La ideología del 26 de Julio de 1953 quedó establecida en el discurso de Fidel Castro ante el tribunal que lo juzgó. Aquel discurso es uno de los documentos políticos más importantes de la historia. Allí, en forma inconclusa, a veces, están los planteos de la Revolución Cubana. Allí está presente esa gran transparencia de espíritu, y lo que un filósofo ha llamado recientemente "el nuevo racionalismo" que se está creando en Cuba. Por lo tanto, el acontecimiento inolvidable del 26 de Julio de 1953, es a todas luces uno de los momentos memorables de la humanidad, germen de la liberación latinoamericana, cuya importancia ideológica se hará más visible a medida que pase el tiempo, consolidando la democracia en América.

Una Revolución hecha por los hombres de la izquierda significa la destrucción de las estructuras mediante una fuerza sin contención posible. Aunque en aquel momento no fuera visible para todos, el ataque al cuartel Moncada, en una aurora que es el nacimiento de una nueva conciencia, era el inicio de una concepción de la vida nacional, que superando todas las trabas que oponía una nación semicolonial, acosada como ninguna por el imperialismo, llevaría a la liberación del pueblo cubano, y al proletariado y al campesinado como dirigentes del poder político y económico.

El segundo 26 de Julio de la Revolución victoriosa se celebrará en las poderosas montañas de la Sierra Maestra invadidas por el proletariado de las ciudades y por campesinos de toda Cuba; el anterior fue una reunión de multitudes activas ovacionando a la Revolución con el chasquido estremecedor de sus machetes. Los anteriores fueron celebrados en la clandestinidad y el combate. El combate de la Revolución contra los enemigos interiores y exteriores no ha terminado. A esta hora, poderosísimas fuerzas económicas y militares ponen su vista asesina y explotadora en Cuba, pero se puede afirmar, sin ningún temor, que el heroísmo de los asaltantes del Moncada se ha multiplicado, y que aquella conciencia ejemplar está dispuesta a defender con el mismo coraje cada pedazo de Cuba, para conservar vivo el asalto y toma de la liberación nacional que se esta realizando.

Este LUNES de Revolución está formado por testimonios de los participantes en aquel instante de heroísmo, continuado después en la resistencia y en la guerra. La Historia de nuestra Revolución está por escribir; se deberá escribir con los datos y el enfoque correcto propio de la historia considerada como una ciencia capaz de colaborar a la interpretación y transformación del mundo. El esfuerzo presente es un señalamiento sobre los datos vivos de esa historia que se hacen más necesarios en un presente amenazado como el que vive Cuba.

El 26 de Julio, fecha señera de nuestra historia en su fertilidad transformadora, se hará carne viva en la Revolución triunfante. Es una fecha que recorre nuestro presente construyendo la vida nueva. Lo que fue allí el esfuerzo y el sacrificio de un grupo de héroes y mártires, es hoy la más elevada conciencia de la nación, gracias a la labor de despertar nacional promovida por los dirigentes de la Revolución. Al recordar los sufrimientos y hazañas de aquellos héroes, LUNES cree colaborar a la tarea revolucionaria presentando un acontecimiento que estremece y estremecerá siempre la conciencia y el corazón de todos los cubanos dignos.

Han tomado los testimonios de este número: Pablo Armando Fernández, René Jordán, Oscar Hurtado, Calvert Casey, Humberto Arenal, Luis Agüero, Euclides Vázquez Candela, Virgilio Piñera. Antón Arrufat trabajó junto con María Calvo en la selección del material histórico. José Álvarez Baragaño escribió el editorial. El testimonio de Fidel Castro está tomado de "La historia me absolverá".

"LUNES" agradece a todos los entrevistados su entusiasmo y su afán de permanecer en el anónimo. Agradece también a la Biblioteca Nacional y a los archivos de las revistas "Carteles" y "Bohemia" su inestimable cooperación.

director:
guillermo cabrera infante
sub-director:
pablo armando fernández
diseño y emplanaje:
tony évora
lunes de revolución
número 66, Julio 25 de 196[illegible]

RELATO DE FIDEL CASTRO

Únicamente inspirados en tan elevados propósitos, es concebir el heroísmo de los que cayeron en Santiago de Cuba. Los escasos medios materiales con que hubimos de contar, impidieron el éxito seguro. A los soldados les dijeron que Prío nos había dado un millón de pesos; querían desvirtuar el hecho más grave para ellos: que nuestro movimiento no tenía relación alguna con el pasado, que era una nueva generación cubana con sus propias ideas, la que se erguía contra la tiranía, de jóvenes que tenían apenas 7 años cuando Batista comenzó a cometer sus primeros crímenes en el año 34. La mentira del millón no podía ser más absurda: Si con menos de veinte mil pesos armamos 165 hombres y atacamos un regimiento y un escuadrón, con un millón de pesos hubiéramos podido armar ocho mil hombres, atacar cincuenta regimientos, cincuenta escuadrones, y Ugalde Carrillo no se habría enterado hasta el domingo 26 de julio a las 5 y 15 de la mañana. Sépase que por cada uno que vino a combatir se quedaron veinte perfectamente entrenados que no vinieron porque no había armas. Esos hombres desfilaron por las calles de La Habana con la manifestación estudiantil en el Centenario de Martí y llenaban 6 cuadras en masa compacta. Doscientos más que hubieran podido venir o veinte granadas de mano en nuestro poder y tal vez le habríamos ahorrado a este honorable tribunal tantas molestias.

Los políticos se gastaron en sus campañas millones de pesos sobornando conciencias y un puñado de cubanos que quisieron salvar el honor de la patria, tuvo que venir a afrontar la muerte con las manos vacías por falta de recursos. Eso explica que al país lo hayan gobernado hasta ahora, no hombres generosos y abnegados, sino el bajo mundo de la politiquería, el hampa de nuestra vida pública.

Con mayor orgullo que nunca digo que consecuentes con nuestros principios, ningún político de ayer nos vió, tocar a sus puertas pidiendo un centavo, que nuestros medios se reunieron, con ejemplos de sacrificios que no tienen paralelo, como el de aquel joven, Elpidio Sosa, que vendió su empleo y se me presentó un día con trescientos pesos "para la causa"; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida; Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa. Oscar Alcalde, que vendió su laboratorio de productos farmacéuticos; Jesús Montané, que entregó el dinero que había ahorrado durante más de cinco años; y así por el estilo muchos más, despojándose cada cual de lo poco que tenía.

Hace falta tener una fe muy grande en su patria para proceder así, y estos recuerdos de idealismo me llevan directamente al más amargo capítulo de esta defensa; el precio que les hizo pagar la tiranía por querer librar a Cuba de la opresión y la injusticia.

Cadáveres armados los que un día
Ensueños fuisteis de la patria mía,
¡Arrojad, arrojad sobre mi frente
Polvo de vuestros huesos carcomidos!
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
¡Gemid a mis oídos!
¡Cada uno ha de ser de mis gemidos
Lágrimas de uno más de los tiranos!
¡Andad a mi redor; vagad en tanto
Que mi ser vuestro espíritu recibe
Y dadme de las tumbas el espanto
Que es poco ya para llorar el llanto
Cuando en infame esclavitud se vive!

Multiplicad por diez el crimen del 27 de noviembre de 1871 y tendréis los crímenes monstruosos y repugnantes del 26, 27, 28, y 29 de julio de 1953 en Oriente. Los hechos están recientes todavía, pero cuando los años pasen y el cielo de la patria se despeje, cuando los ánimos exaltados se aquieten y el miedo no turbe los espíritus se empezará a ver en toda su espantosa realidad la magnitud de la barbarie sin precedentes en nuestra historia. Pero no quiero que la ira me ciegue, porque necesito toda la claridad de mi mente y la serenidad del corazón destrozado para exponer los hechos tal como ocurrieron, con toda sencillez, antes que exagerar el dramatismo, porque siento vergüenza como cubano, que unos hombres sin entrañas, con sus crímenes incalificables, hayan deshonrado nuestra patria ante el mundo.

No fue nunca el tirano Batista un hombre de escrúpulos que vacilara antes de decir al pueblo la más fantástica mentira. Cuando quiso justificar el traidor cuartelazo del 10 de marzo, inventó un supuesto golpe militar que habría de ocurrir en el mes de abril y que "él quiso evitar para que no fuera sumida en sangre la República", historieta ridícula que no creyó nadie; y cuando quiso sumir en sangre la República y ahogar en el terror, la tortura y el crimen la justa rebeldía de una juventud que no quiso ser esclava suya, inventó entonces mentiras más fantásticas todavía. ¡Qué poco respeto se le tiene a un pueblo cuando se le trata de engañar tan miserablemente! El mismo día que fuí detenido, yo asumí públicamente la responsabilidad del movimiento armado del 26 de julio; si una sola de las cosas que dijo el Dictador contra nuestros combatientes en su discurso del 27 de julio hubiese sido cierta, bastaría para haberme quitado la fuerza moral en el proceso. Sin embargo, ¿por qué no se me llevó al juicio? ¿Por qué se falsificaron certificados médicos? ¿Por qué se violaron todas las leyes del procedimiento y se desacataron escandalosamente todas las órdenes del Tribunal? ¿Por qué se hicieron cosas nunca vistas en ningún proceso público a fin de evitar a toda costa mi comparecencia? Yo en cambio hice lo indecible por estar presente, reclamando del Tribunal que se me llevase al juicio en cumplimiento estricto de las leyes, denunciando las maniobras que se estaban realizando para impedirlo: quería discutir con ellos frente a frente y cara a cara.

Ellos no quisieron: ¿Quién tenía la verdad y quién no la tenía?

Las cosas que afirmó el Dictador desde el polígono del campamento de Columbia, serían dignas de risa si no estuviesen tan empapadas de sangre. Dijo que los atacantes eran un grupo de mercenarios entre los cuales había numerosos extranjeros; dijo que la parte principal del plan era un atentado contra él —él, siempre él— como si los hombres que atacaron el baluarte del Moncada no hubieran podido matarle a él y a veinte como él, de haber estado conformes con semejantes métodos; dijo que el ataque había sido fraguado por el ex presidente Prío y con dinero suyo, y se ha comprobado ya hasta la saciedad, la ausencia absoluta de toda relación entre este movimiento y el régimen pasado; dijo que estábamos armados de ametralladoras y granadas de mano y aquí los técnicos del Ejército han declarado que sólo teníamos una ametralladora y ninguna granada de mano; dijo que habíamos degollado a la posta y ahí han aparecido en el sumario los certificados de defunción y los certificados médicos correspondientes a todos los soldados muertos o heridos, de donde resulta que ninguno presentaba lesiones de arma blanca. Pero sobre todo, lo más importante, dijo que habíamos acuchillado a los enfermos del Hospital Militar, y los médicos de ese mismo hospital ¡nada menos que los médicos del Ejército!, han declarado en el juicio que ese edificio nunca estuvo ocupado por nosotros, que ningún enfermo fue muerto o herido y que sólo hubo allí una baja, correspondiente a un empleado sanitario que se asomó imprudentemente por una ventana.

Cuando un Jefe de Estado o quien pretende serlo hace declaraciones al país, no habla por hablar: alberga siempre algún propósito, persigue siempre un efecto, lo anima siempre una intención. Si ya nosotros habíamos sido militarmente vencidos, si ya no significábamos un peligro real para la dictadura, ¿por qué se nos calumniaba de ese modo? Si no está claro que era un discurso sangriento, si no es evidente que se pretendía justificar los crímenes que se estaban cometiendo desde la noche anterior y que se irían a cometer después, que hablen por mí los números: el 27 de julio, en su discurso desde el polígono militar, Batista dijo que los atacantes habíamos tenido 33 muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se habían asesinado más de 25 prisioneros; después que habló Batista se asesinaron 50.

¡Qué sentido del honor tan grande el de esos militares modestos técnicos y profesionales del Ejército, que al comparecer ante el tribunal no desfiguraron los hechos y emitieron sus informes ajustándose a la estricta verdad! ¡Esos sí son militares que honran el uniforme, ésos sí son hombres! Ni el militar verdadero ni el verdadero hombre es capaz de manchar su vida con la mentira o el crimen. Yo sé que están terriblemente indignados con los bárbaros asesinatos que se cometieron, yo sé que sienten con repugnancia y vergüenza el olor a sangre homicida que impregna hasta la última piedra del cuartel Moncada.

Emplazo al Dictador a que repita ahora, si puede, sus ruines calumnias por encima del testimonio de esos honorables militares, lo emplazo a que justifique ante el pueblo de Cuba su discurso del 27 de julio, ¡que no se calle, que hable, que diga quiénes son los asesinos, los despiadados, los inhumanos, que diga si la Cruz de Honor que fue a ponerles en el pecho a los héroes de la masacre era para premiar los crímenes repugnantes que se cometieron; que asuma desde ahora la responsabilidad ante la Historia y no pretenda decir después que fueron los soldados sin órdenes suyas, que explique a la nación los setenta asesinatos: ¡fue mucha la sangre! La nación necesita una explicación, la nación lo demanda, la nación lo exige.

Se sabía que en 1933, al finalizar el combate del Hotel Nacional, algunos oficiales fueron asesinados después de rendirse, lo cual motivó una enérgica protesta de la revista "Bohemia"; se sabía también que después de capitulado el fuerte de Atarés las ametralladoras de los sitiadores barrieron una fila de prisioneros y que un soldado, preguntando quién era Blas Hernández, lo asesinó disparándole un tiro en pleno rostro, soldado que en premio de su cobarde acción fue ascendido a oficial. Era conocido que el asesinato de prisioneros está fatalmente unido en la Historia de Cuba al nombre de Batista. ¡Torpe ingenuidad nuestra que no lo comprendimos claramente! Sin embargo, en aquellas ocasiones los hechos ocurrieron en cuestión de minutos, no más que lo de una ráfaga de ametralladoras cuando los ánimos estaban todavía exaltados, aunque nunca tendrá justificación semejante proceder. No fue así en Santiago de Cuba. Aquí todas las formas de crueldad, ensañamiento

Estiman asegurado el abasto de carne

El ministro de Comercio, Sr. Raúl Lorenzo declaró ayer que se siente altamente complacido por el éxito alcanzado en el abastecimiento de carne la semana que ha terminado. Todos los expendios de carne —dijo— estuvieron ampliamente abastecidos, pudiendo los consumidores lograrla con gran facilidad a los precios oficiales de 40 centavos la libra de primera y 30 centavos la libra de segunda.

"APREMIADO POR LA SITUACION ECONOMICA, BATISTA TENDRA QUE CONVOCAR ELECCIONES GENERALES... LA SOLUCION ES GRAU, CON ELECCIONES O CON INSURRECCION". —GILBERTO LEYVA

Batista —afirmó el líder grausista de Las Villas, Gilberto Leyva— apremiado por la situación económica tendrá que convocar a elecciones generales. Esta decisión no la adoptará por sus convicciones democráticas ni porque le fuerce a ello la insurrección que los voceros del gobierno parecen los más interesados en propagar, si no, insisto, por imperativo de las circunstancias económicas.

—¿De manera que usted no cree en la insurrección?

—Claro que no creo— nos contesta— incluso los que propugnan por ella hablan de soluciones sin sangre y es porque si quieren revolución la sangre la han de poner ellos y no la ponen. Ya hace un año que nos hablan de insurrección y la insurrección no llega.

—Y si no hay elecciones generales, ¿cómo ve usted la solución al problema político?

—La solución política es Grau con elecciones generales o con insurrección, porque el problema de Cuba es de confianza y esa confianza solamente el Dr. Grau la inspira y prueba de ello es que, después de haber dicho que "el viejo" estaba tramitado por Batista y habernos expulsados a mí y a otros dirigentes auténticos del Partido por estar con Grau, han tenido que reconocer su enorme fuerza política y la razón de su tesis que no ha variado desde el 10 de marzo. Ellos han variado sus planteamientos varias veces, para, en definitiva, tener que coger el camino de la casa de Grau. Lancís, fue oficialmente. De manera oficiosa han ido después, Pepito Díaz, Cosme de la Torriente y Suárez Rivas que, aunque quiso que la entrevista fuese secreta lo sorprendió un fotógrafo cuando salía por la puerta de atrás. Eduardo fue a casa de Grau a ofrecer una fórmula de unidad nacional que, aunque no está en sus manos el producirla, cree que le puede servir para asegurarse un acta de Senador por Las Villas. En el fondo de esa fórmula de unidad nacional, late el propósito de excluir a Grau de entre los aspirantes presidenciales. Revisten la maniobra con el ropaje del restablecimiento de la Constitución del 40 y para que Grau caiga en ella le dicen que agregarán una transitoria para que pueda aspirar. En primer lugar, lo único que queda vigente de la Constitución es el artículo 2 que dice "todos los poderes dimanan del pueblo". En consecuencia, solo en unas elecciones generales el pueblo puede restablecer la Constitución. Lo que ocurre es que todos los aspirantes presidenciales quieren excluir a Grau, finalmente, porque saben que frente a él no hay candidato con posibilidad de éxito.

Presenciará el General Tabernilla prácticas de tiros de Artillería

Tienen lugar en el campo de maniobras situado en Guanito, Pinar del Río

Supervisor

De la cárcel de Santa Clara el Cor. Pilar García

El coronel Pilar García, Jefe del Regimiento Leoncio Vidal de Las Villas, informó en Palacio que se le ha designado Supervisor Delegado de la cárcel de Santa Clara por haber sido declarado cesante el alcaide de dicho penal.

LA GUERRA DE COREA

Las tropas chinas lanzaron a las bajas sufridas. Intensos duelos de artillerías. Rechazados 3.000 comunistas.

Las tropas comunistas chinas lanzaron nuevos ataques de gran violencia en los frentes occidental y central de Corea, anoche, y en las primeras horas de hoy, en lo que pueden ser las fases finales de la guerra.

En el oeste los rojos atacaron cerca de Pan Mur Jon, guarnecidos por efectivo de la Infantería de Marina Norteamericana. Los despachos del frente dijeron que se peleó con denuedo con los infantes de marina. Estos rechazaron tres violentos ataques chinos en un periodo de 90 minutos, pero según los últimos datos recibidos se continuaba luchando allí. En ambos frentes hubo intensos duelos de artillería. Cayó en todo el frente una llovizna constante y las fuerzas de ambos bandos se pelearon en el fango.

Aniversario de la Independencia de Liberia

Con motivo de conmemorarse el 106 aniversario de la independencia de Liberia, Africa, la Asociación de Amigos de Liberia en Cuba dirigió un cable de felicitación al señor Clarence L Simpson, Embajador en Washington de esa nación.

"GRACIAS DOCTOR"

Hoy domingo, a las 9 y 30 p.m., Pepita Riera llevará al aire una nueva dramatización en "Gracias, Doctor", también por el Canal 2. Maritza Rosales, Ricardo Román, José Antonio Rivero, Paco Alfonso y otras estrellas de esa emisora, animarán los personajes centrales.

SE MARCHO DE LA CASA UNA JOVEN FRANCESA

Ante el Juez de Instrucción de la 4ta. compareció ayer la señora Ivonne Mainiel, francesa vecina de San Diego de Los Baños que en días pasados denunció que su hija Marcela Mainiel había desaparecido, temiendo que le hubiera ocurrido una desgracia. Declaró que una amiga de su hija, Martine France, vecina de Línea y Ave. de los Presidentes, le había informado que Marcela le había dejado el auto de ella, chapa 88693, parqueado frente a su domicilio, diciéndole:

—Ahí te dejo el carro de mamá. No quiero volver más a casa. Soy mayor de edad y quiero vivir mi vida.

INDULTADO PASCASIO LINERAS

En horas del mediodía de ayer el Presidente de la República firmó el Decreto indultando al dirigente textil Pascasio Lineras, detenido desde hace unos meses por los sucesos del Día de Reyes de este año.

El ministro de Gobernación, Ramón O. Hermida, recibió ya en esa dependencia la notificación correspondiente y ha dispuesto la libertad de Lineras.

ECLIPSE PARCIAL DE LUNA, HOY

Un eclipse parcial de luna, que probablemente pasará inalvertido en toda la República a causa de ocurrir casi a la salida del sol, se producirá hoy, a las 5:33 de la madrugada, hora en que ese satélite entrará en el cono de sombra, según informó ayer el Observatorio Nacional.

El contacto de la luna será en un ángulo de posición de 71 grados, medido desde el punto norte de la luna hacia el este. La luna se pone en La Habana a las 5:56 a m,. y el sol sale en ese momento.

El comandante José Carlos Millás dijo que como el comienzo del crepúsculo matutino comenzará a las 4:32 a.m., habrá mucha claridad ya en los 23 minutos en que puede ser visto el eclipse.

Añadió que no habrá otro fenómeno similar este año en Cuba.

Pronóstico para hoy, Domingo

Calmas y vientos flojos y moderados principalmente del Nordeste al Sudeste. Cielos parte nublados y nublados. Algunas turbonadas después del mediodía diseminadas por el territorio nacional.

Enjuicia Hevia la situación política y económica de Cuba

Nueva York, julio 26. (AP). El ingeniero Carlos Hevia, ex ministro de Estado de Cuba, declaró hoy que las condiciones políticas y económicas actuales en Cuba son "de aquellas que siempre, en el pasado, han producido revoluciones". El pueblo cubano manifestó Hevia está contra Batista. Está inquieto porque carece de libertad y por la falta de un gobierno constitucional. Cuba es hoy un país sin ley. En los doce meses que comenzaron el 10 de marzo de 1952, afirmó Hevia, el activo en oro y billetes extranjeros en poder del Banco Nacional bajó de 531 millones a 470 millones de dólares. Esto se debe no sólo al azúcar sino al hecho de que el Dictador, con su gobierno caprichoso ha establecido 46 impuestos más, y ha modificado nueve veces la legislación que rige el Banco Nacional y su moneda. El comercio se está desplomando y los detallistas cubanos están quebrando...

"El pueblo cubano y su ejército están inquietos. Tengo informes de que muchos oficiales y soldados se encuentran disgustados con la presente situación. La inquietud civil es tan pronunciada que algo debe suceder".

EN CASTEL GANDOLFO SU SANTIDAD PIO XII

Ciudad del Vaticano, julio 26 (United) El Papa Pio XII partió hoy del Vaticano para su residencia de verano en Castel Gandolfo, en los Montes Albanos, a 24 kilómetros al Sur de Roma.

El cortejo papal, compuesto de cinco automóviles, escoltado por una docena de motociclistas de la guardia policíaca del presidente Einaudi, salió de la Plaza de San Pedro a las 6.20 p.m. para tomar la Via Appia, principal ruta hacia el sur.

Centenares de campesinos se arrodillaron a lo largo de la Vía Appia al paso del pontífice.

y barbarie fueron sobrepasadas. No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azotea y los disparos no cesaron un instante como instrumentos de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel, sesos y cabellos humanos, chamuscados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de obscura y pegajosa sangre. Las manos criminales que rigen los destinos de Cuba habían escrito para los prisioneros a la entrada de aquel antro de muerte, la inscripción del Infierno: "Dejad toda esperanza".

No cubrieron ni siquiera las apariencias, no se preocuparon lo más mínimo por disimular lo que estaban haciendo: creían haber engañado al pueblo con sus mentiras y ellos mismos terminaron engañándose. Se sintieron amos y señores del universo, dueños absolutos de la vida y la muerte humana. Así, el susto de la madrugada lo disiparon en un festín de cadáveres, en una verdadera borrachera de sangre.

Las crónicas de nuestra historia, que arrancan cuatro siglos y medio atrás nos cuentan muchos hechos de crueldad, desde las matanzas de indios indefensos, las atrocidades de los piratas que asolaban las costas, las barbaridades de los guerrilleros en la lucha de la independencia, los fusilamientos de prisioneros cubanos por el ejército de Weyler, los horrores del machadato, hasta los crímenes de marzo del 35; pero con ninguno se escribió una página sangrienta tan triste y sombría, por el número de víctimas y por la crueldad de sus victimarios, como en Santiago de Cuba. Sólo un hombre en todos esos siglos ha manchado de sangre dos épocas distintas de nuestra existencia histórica y ha clavado sus garras en la carne de dos generaciones de cubanos. Y para derramar este río de sangre sin precedentes esperó que estuviésemos en el Centenario del Apóstol y acabada de cumplir cincuenta años la República que tantas vidas costó para la libertad, el respeto y la felicidad de todos los cubanos. Más grande todavía es el crimen y más condenable, porque pesa sobre un hombre que había gobernado ya como amo durante once largos años este pueblo que por tradición y sentimiento ama la libertad, y repudia el crimen con toda su alma, un hombre que no ha sido, además, ni leal, ni sincero, ni honrado, ni caballero un solo minuto de su vida pública.

No fue suficiente la traición de diciembre de 1933, los crímenes de marzo de 1935, y los cuarenta millones de fortuna que coronaron la primera etapa; era necesaria la traición de marzo de 1952, los crímenes de julio de 1953 y los millones que sólo el tiempo dirá. Dante dividió su Infierno en nueve círculos: puso en el séptimo a los criminales, puso en el octavo a los ladrones y puso en el noveno a los traidores. ¡Duro dilema el que tendrían los demonios para buscar un sitio adecuado al alma de este hombre... si este hombre tuviera alma! Quien alentó los hechos atroces de Santiago de Cuba, no tiene entrañas siquiera.

Conozco muchos detalles de la forma en que se realizaron esos crímenes por boca de algunos militares que llenos de vergüenza me refirieron las escenas de que habían sido testigos.

Terminado el combate se lanzaron como fieras enfurecidas sobre la ciudad de Santiago de Cuba y contra la población indefensa saciaron las primeras iras. En plena calle y muy lejos del lugar donde fue la lucha le atravesaron el pecho de un balazo a un niño inocente que jugaba junto a la puerta de su casa, y cuando el padre se acercó para recogerlo, le atravesaron la frente con otro balazo.

Al "Niño" Cala, que iba para su casa con un cartucho de pan en las manos lo balacearon sin mediar palabra. Sería interminable referir los crímenes y atropellos que se cometieron contra la población civil. Y si de esta forma actuaron con los que no habían participado en la acción, ya puede suponerse la horrible suerte que corrieron los prisioneros participantes o que ellos creían haber participado: porque así como en esta causa involucraron a muchas personas ajenas por completo a los hechos, así también mataron a muchos de los primeros detenidos que no tenían nada que ver con el ataque; éstos no están incluídos en las cifras de víctimas que han dado, las cuales se refieren exclusivamente a los hombres nuestros. Algún día se sabrá el número total de inmolados.

El primer prisionero asesinado fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción, tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre. Pero la matanza en masa de prisioneros no comenzó hasta pasadas las tres de la tarde.

Hasta esa hora esperaron órdenes. Llegó entonces de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el Jefe del Ejército, el Jefe del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que "era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto". ¡Esa fue la orden!

En todo grupo humano hay hombres de bajos instintos, criminales natos, bestias portadoras de todos los atavismos ancestrales revestidas de forma humana, monstruos refrenados por la disciplina y el hábito social, pero que si se les da a beber sangre en un río no cesarán hasta que lo hayan secado. Lo que estos hombres necesitaban precisamente era esa orden. En sus manos pereció lo mejor de Cuba: lo más valiente, lo más honrado, lo más idealista. El tirano los llamó mercenarios, y allí estaban ellos muriendo como héroes en manos de hombres que cobran un sueldo de la República y que con las armas que ella les entregó para que la defendieran sirven los intereses de una pandilla y asesinan a los mejores ciudadanos.

En medio de las torturas les ofrecían la vida si traicionando su posición ideológica se prestaban a declarar falsamente que Prío les había dado el dinero, y como ellos rechazaban indignados la proposición, continuaban torturándolos horriblemente. Les trituraron los testículos y les arrancaron los ojos, pero ninguno claudicó, ni se oyó un lamento ni una súplica: aun cuando les habían privado de sus órganos viriles, seguían siendo mil veces más hombres que todos sus verdugos juntos. Las fotografías no mienten y esos cadáveres aparecen destrozados. Ensayaron otros medios: no podían con el valor de los hombres y probaron el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos, se presentó un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: "Este es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro". Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: "Si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo". Más tarde volvieron y la quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydée Santamaría: "Ya no tienes novio porque te lo hemos matado también". Y ella les contestó imperturbable otra vez: "El no está muerto, porque morir por la patria es vivir". Nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana.

No respetaron ni siquiera a los heridos en el combate que estaban recluídos en distintos hospitales de la ciudad, a donde los fueron a buscar como buitres que siguen la presa. En el Centro Gallego penetraron hasta el salón de operaciones en el instante mismo que recibían transfusiones de sangre dos heridos graves; los arrancaron de las mesas, y como no podían estar en pie, los llevaron arrastrados hasta la planta baja donde llegaron cadáveres.

No pudieron hacer lo mismo en la Colonia Española donde estaban recluídos los compañeros Gustavo y José Ponce, porque se lo impidió valientemente el doctor Posada diciéndoles que tendrían que pasar por sobre su cadáver.

A Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador, les inyectaron aire y alcanfor en las venas para matarlos en el Hospital Militar. Deben sus vidas al capitán Tamayo, médico del Ejército y verdadero militar de honor que a punta de pistola se los arrebató a los verdugos y los trasladó al Hospital Civil. Estos cinco jóvenes fueron los únicos heridos que pudieron sobrevivir.

Por las madrugadas eran sacados del campamento grupos de hombres y trasladados en automóviles a Siboney, La Maya, Songo y otros lugares, donde se les bajaba atados y amordazados, ya deformados por las torturas, para matarlos, en parajes solitarios. Después los hacían constar como muertos en combate con el Ejército. Esto lo hicieron durante varios días y muy pocos prisioneros de los que iban siendo detenidos sobrevivieron. A muchos los obligaron antes a cavar su propia sepultura. Uno de los jóvenes cuando realizaba aquella operación se volvió y marcó en el rostro con la pica a uno de los asesinos. Otros, inclusive, los enterraron vivos con las manos atadas a la espalda. Muchos lugares solitarios sirven de cementerio a los valientes. Solamente en el campo de tiro del Ejército hay cinco enterrados. Algún día serán desenterrados y llevados en hombros del pueblo hasta el monumento que junto a la tumba de Martí, la patria libre habrá de levantarle a los "Mártires del Centenario".

El último joven que asesinaron en la zona de Santiago de Cuba fue Marcos Martí. Lo habían detenido en una cueva de Siboney el jueves 30 por la mañana junto con el compañero Ciro Redondo. Cuando los llevaban caminando por la carretera con los brazos en alto le dispararon al primero un tiro por la espalda y ya en el suelo lo remataron con varias descargas más. Al segundo lo condujeron hasta el campamento; cuando lo vió el comandante Pérez Chaumont exclamó: "¡Y a éste para qué me lo han traído!" El tribunal pudo escuchar la narración del hecho por boca de este joven que sobrevivió gracias a lo que Pérez Chaumont llamó "una estupidez de los soldados".

La consigna era general en toda la provincia. Diez días después del 26, un periódico de esta ciudad publicó la noticia de que, en la carretera de Manzanillo a Bayamo, habían aparecido dos jóvenes ahorcados. Más tarde se supo que eran los cadáveres de Hugo Camejo y Pedro Vélez. Allí también ocurrió algo extraordinario: las víctimas eran tres; los habían sacado del cuartel de Manzanillo a las 2 de la madrugada; en un punto de la carretera los bajaron y después de golpearlos hasta hacerlos perder el sentido, los estrangularon con una soga. Pero cuando ya los habían dejado por muertos, uno de ellos, Andrés García, recobró el sentido, buscó refugio en casa de un campesino y gracias a ello también, el tribunal pudo conocer con todo lujo de detalles el crimen. Este joven fue el único sobreviviente de todos los prisioneros que se hicieron en la zona de Bayamo.

Cerca del Río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas, yacen en el fondo de un pozo ciego los cadáveres de Raúl de Aguiar, Armando del Valle y Andrés Valdés, asesinados a media noche en el camino de Alto-Cedro a Palma Soriano, por el sargento Montes de Oca, jefe de puesto del cuartel de Miranda; el cabo Maceo y el teniente jefe de Alto-Cedro donde aquellos fueron detenidos.

En los anales del crimen merece mención de honor el sargento Eulalio González, del cuartel Moncada, apodado "El tigre". Este hombre no tenía después el menor empacho en jactarse de sus tristes hazañas. Fue él quien con sus propias manos asesinó a nuestro compañero Abel Santamaría. Pero no estaba satisfecho. Un día en que volvía de la prisión de Boniato en cuyos patios sostiene una cría de gallos finos, montó el mismo ómnibus en donde viajaba la madre de Abel. Cuando aquel monstruo comprendió de quién se trataba comenzó a referir en alta voz sus proezas y dijo bien alto que lo oyera la señora vestida de luto: "Pues yo sí saqué muchos ojos y pienso seguirlos sacando". Los sollozos de aquella madre ante la afrenta cobarde que le infería el propio asesino de su hijo, expresan mejor que ninguna palabra el oprobio moral sin precedentes que está sufriendo nuestra patria. A esas mismas ma-

Boxers Guantes de Oro cubanos irán a Miami

Aceptada la invitación del cronista del "News"

El Director de Deportes, Coronel Roberto Fernández Miranda, recibió ayer en su despacho al corresponsal del Miami "Daily News", en Cuba, quién vino a extender, a nombre del jefe deportivo de ese diario, una invitación a los campeones cubanos de los "Guantes de Oro". para el torneo que se efectuará en Miami el próximo mes de febrero. El director de Deportes, al aceptar esta gentil invitación, a nombre de los atletas cubanos, se mostró muy agradecido por la deferencia y manifestó que siempre se había mostrado partidario del intercambio deportivo internacional como vehículo de superación y estímulo para todos los atletas.

La Situación de Egipto

NAGUIB dispuesto a salir del país para ver a Churchill.

Sugiere una reunión informal en la isla de Rodas... Esperaría a que el premier inglés esté restablecido.

Ofrece poner la base del Canal de Suez al servicio de los occidentales.

TRIUNFO LA CANOA CIENFUEGUERA EN VARADERO

En una de las regatas más reñidas de los últimos tiempos la tripulación del Cienfuegos Yacht Club se coronó campeón nacional de los remos ayer en Varadero. La fotografía nos muestra el instante en que el honorable señor Presidente de la República, general Fulgencio Batista recibía de manos del asesor de remos de la CND, Carlos Hernández, la copa con que se premia a los ganadores. Los cienfuegueros se impusieron con tiempo de 5.19, marcando así un promedio de sólo dos segundos de diferencia del record.

$200,000 EN PERDIDA CAUSO UN INCENDIO EN CIENFUEGOS

Ocurrió en una cooperativa... Faltó el agua para sofocar las llamas... Actuó la Policía Marítima.

Después de unos días de diversión en la playa muere toda una familia en un violento choque

El auto en que viajaban se telescopó contra una rastra estacionada en la Central. Una tía anciana quería conocer la playa Azul antes de morir.

Las carreras en el Jockey Club

Un extraordinario programa se correrá hoy en el Hipódromo de Marianao y con tal motivo su hermoso gran stand será insuficiente para albergar al número considerable de fanáticos que allí se reunirá para disfrutar de ese belo deporte.

Como todos los días de carreras el exclusivo y elegante Jockey Club se verá favorecido con la asistencia de una selecta y nutrida representación de la sociedad habanera y de la colonia norteamericana.

VENCIO EL PLAZO PARA INSCRIBIR NUEVOS PARTIDOS

Las afiliaciones deberán comenzar el 4 de Octubre

Disertará en el salón de los Pasos Perdidos

En el salón de los Pasos Perdidos del Capitolio Nacional, a las nueve de la noche ofrecerá una Conferencia sobre el "Arte Abstracto", la Dra. Caridad Ramírez, quién está exponiendo un grupo de sus obras pictóricas y escultóricas en dichos salones.

Se culpa

A E.U., en Italia, de la difícil situación que confronta De Gasperi

SACRILEGO ROBO EN LA CAPILLA DE LAS MADRES ESCLAVAS EN LUYANO

En la Capilla de las Rvdas. Madres Esclavas del Sagrado Corazón de Luyanó, fué descubierto en las primeras horas de la mañana de hoy la sustracción de varios copones de oro. Hasta el momento se desconocen el autor o autores del hecho que ha producido unánime protesta, por haberse efectuado el robo dentro de un recinto sagrado.

INSEGURIDAD

Sobre si sigue enamorada la princesa Margarita.

Creen que ha comprendido la imposibilidad de su matrimonio con Towsend.

Domingo, 26 de Julio de 1953 (Centenario de Martí) Santa Ana y Santos Pastor, Jacinto y Simeón.

HERIDO A TIROS POR UN SOLDADO

De un balazo en el vientre, fué herido anoche, Manuel Pintado, de 30 años, vecino de Príncipe 64. Su agresor, el alistado del ejército José Murra Silva, perteneciente a la 3ra. Cía. del Cuerpo de Señales, fue detenido por la Policía de la 6ta. Estación.

Habrá elecciones hoy, en Costa Rica

Votará por vez primera la mujer

Votará, por vez primera la mujer.

El domingo tendrá lugar las primeras elecciones desde la revolución de 1948 y, por primera vez en la historia del país, la mujer ejercerá el derecho del voto.

Se calcula que 300,000 ciudadanos se presentarán a los comicios. Se elegirá un nuevo présidente de la República, dos vice presidentes, 46 diputados y una serie de funcionarios locales.

Los dos candidatos para la presidencia son José Figueres, del Partido de Liberación Nacional, y Fernando Castro del Partido Democrático que es predominantemente conservador. La mayoría opina que Figueres ganará las elecciones en una contienda reñida.

Celébrase hoy el "Día de las Abuelas"

El "Día de las Abuelas" instituído en la festividad de Santa Ana, se celebrará hoy en la República, para venerar a las madres de nuestros padres.

PRESIONES NORMALES EN CUBA Y CASI NORMALES EN EL CARIBE

CRONICA HABANERA

LA SEÑORA VIUDA DE PITA

Se encuentra notablemente mejorada, de la difícil operación del riñón que sufrió a manos del destacado cirujano urólogo, Dr. Jorge Cuéllar de Zeón la gentilísima dama ila Cartaya viuda de Pita, quien se halla recluida en la Clínica de 21 entre 4 y 6, en el Vedado. Que pronto se restablezca son nuestros deseos.

MURIO EL EXSOLDADO QUE MATO A SU AMIGA

En el Hospital de Emergencias, donde se hallaba recluído, falleció ayer tarde Benito Cruz Ramírez, de 59 años, ex soldado, que el pasado martes, en la esquina de Monte y Amistad, mató a tiros a su amiga íntima Emilia Morales Sánchez, de 35 años, vecina que era de Corrales 173 volviendo el arma contra sí y haciéndose un disparo en la sien derecha.

Inminente la crisis

Según las versiones más cercanas a la voluntad del General Batista la crisis política, iniciada hace unos días, y que había sufrido determinados entorpecimientos, ha entrado ya en un período de aceleramiento y de sustanciación defintiva. Se da por seguro que en los primeros días de la presente semana se procederá al cambio de los titulares de varias carteras.

A LAS OCHO DE LA NOCHE DE HOY SE FIRMARA EL ARMISTICIO EN COREA

Será firmado el armisticio en la Corea, entre rojos y aliados, hoy domingo a las nueve de la noche

Atribúyese la demora a la necesidad de saber quienes debían firmarlo. Doce horas después de suscrito ese documento, cesarán las hostilidades.

El canje de prisioneros durará unos dos meses. En Washington se cree que el Presidente de la nación subcoreana no pondrá nuevos obstáculos.

LA BODA DE HOY

La iglesia del Corpus Christi, en el Country Club Park, será marco elegante a las diez y media de la mañana de hoy domingo, para la boda de la bellísima señorita Carmen Zarraga y Walter, tan celebrada en nuestros salones con el estimado joven Esteban Prellezo y del Barrio.

El amplio templo lucirá las galas de un adorno floral bellísimo, plagado de detalles de chic y de buen gusto, el cual será realizado por los artistas maestros de la "Casa Trías" el famoso eden del Vedado.

ELIMINACIONES DE VERANO

La Venta tradicional más formidable de Cuba, en artículos para la mujer.
Su Problema Resuelto DESDE EL PORTAL HASTA LA COCINA
CALIDAD. PRECIOS.
BELLEZA
Y FACILIDADES AL PAGAR
Venta Especial
A La MITAD De Precio
APROVECHE

Las grandes rebajas que le brindamos en zapatos de numeraciones incompletas: **$1.00 — $1.50 — $2.00.**

GRAN VENTA
Más barato que en
MIAMI.

C.M.Q. T.V. trasmitirá hoy a las ocho las regatas desde Varadero.

Pumarejo aumenta sus triunfos con la "Escuela de Televisión".

LA UNIVERSIDAD DEL AIRE DEL CIRCUITO CMQ
presenta:
"Martí: El hombre y la obra"
Dr. José Russinyol:
"Concepción y Norma de la República".
HOY DOMINGO 26 DE JULIO DE 1953 10:00 PM
Director: Jorge Mañach.

Televisión

Una muchacha estuvo a punto de ganar $1,000 de Escuela de T.V., pero vaciló cuando tenía $500 en su poder y decidió marcharse. La siguiente pregunta —que equivalía a los $500 restantes— era fácil en extremo: reconocer en foto el río Sena, después que Pumarejo había dicho que pasaba por París. La chica no durmió luego en toda la noche, denlo por seguro.

Sara Cabrera de Pérez Ruíz

Descansan desde ayer bajo tierra los restos mortales de la señora Sara Rivacoba de Cabrera. Aquella dama que reunía en su persona las más altas virtudes junto con las dotes de la belleza, la inteligencia y la dulzura, dejó de existir el pasado viernes en su residencia en la Quinta Avenida de Miramar, donde venía enferma de cuidado desde hace algún tiempo. Constituye un verdadero dolor su muerte.

RUSS MEYER DEJA EN 4 HITS A LOS "BRAVES"

MEJORAN LOS "DODGERS" SU VENTAJA EN EL PRIMER LUGAR

dres cuando iban al cuartel Moncada preguntando por sus hijos, con cinismo inaudito les contestaban: "¡Cómo no, señora!; vaya a verlo al hotel Santa Ifigenia donde se lo hemos hospedado". ¡O Cuba no es Cuba, o los responsables de estos hechos tendrán que sufrir un escarmiento terrible! Hombres desalmaldos que insultaban groseramente al pueblo cuando se quitaban los sombreros al paso de los cadáveres de los revolucionarios.

Tantas fueron las víctimas que todavía el gobierno no se ha atrevido a dar las listas completas; saben que las cifras no guardan proporción alguna. Ellos tienen los nombres de todos los muertos porque antes de asesinar a los prisioneros les tomaban las generales. Todo ese largo trámite de identificación a través del Gabinete Nacional fue pura pantomima; y hay familias que no saben todavía la suerte de sus hijos. ¿Si ya han pasado casi tres meses, por qué no se dice la última palabra?

Quiero hacer constar que a los cadáveres se les registraron los bolsillos buscando hasta el último centavo y se les despojó de las prendas personales, anillos y relojes, que hoy están usando descaradamente los asesinos.

Gran parte de lo que acabo de referir ya lo sabíais vosotros, señores Magistrados por las declaraciones de muchos compañeros. Pero véase cómo han permitido venir a este juicio muchos testigos comprometedores y que en cambio asistieron a las sesiones del otro juicio. Faltaron por ejemplo, todas las enfermeras del Hospital Civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión; no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos veinte hombres vivos, además del doctor Mario Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonio muy peligroso.

Pero vino el comandante Pérez Chaumont y no pudo escapar. Lo que ocurrió con este héroe de batallas contra hombres sin armas y maniatados, da idea de lo que hubiera pasado en el Palacio de Justicia si no me hubiesen secuestrado del proceso. Le pregunté cuántos hombres nuestros habían muerto en sus célebres combates de Siboney. Tituveó. Le insistí, y me dijo por fin que 21. Como yo sé que esos combates no ocurrieron nunca, le pregunté cuántos heridos habíamos tenido. Me contestó que ninguno: todos eran muertos. Por eso, asombrado, le repuse que si el Ejército estaba usando armas atómicas. Claro que donde hay asesinatos a boca de jarro no hay heridos. Le pregunté después cuántas bajas había tenido el Ejército. Me contestó que dos heridos. Le pregunté por último que si alguno de esos heridos había muerto, y me dijo que no. Esperé. Desfilaron más tarde todos los heridos del Ejército y resultó que ninguno lo había sido en Siboney. Ese mismo comandante Pérez Chaumont que apenas se ruborizaba de haber asesinado 21 jóvenes indefensos ha construído en la playa Ciudamar un palacio que vale más de cien mil pesos. Sus ahorritos en sólo unos meses de marzismo. ¡Y si eso ha ahorrado el comandante, cuánto habrán ahorrado los generales!

Señores Magistrados: ¿Dónde están nuestros compañeros detenidos los días 26, 27, 28 y 29 de julio, que se sabe pasaban de 60 en la zona de Santiago de Cuba? Solamente tres y las dos muchachas han comparecido; los demás sancionados fueron todos detenidos más tarde. ¿Dónde están nuestros compañeros heridos? Solamente cinco han aparecido; al resto lo asesinaron también. Las cifras son irrebatibles. Por aquí, en cambio, han desfilado 20 militares que fueron prisioneros nuestros y que según sus propias palabras no recibieron ni una ofensa. Por aquí han desfilado 30 heridos del Ejército, muchos de ellos en combates callejeros, y ninguno fue rematado. Si el Ejército tuvo 19 muertos y 30 heridos, ¿cómo es posible que nosotros hayamos tenido 80 muertos y 5 heridos? ¿Quién vio nunca combate de 21 muertos y ningún herido como los famosos de Pérez Chaumont?

Ahí están las cifras de bajas en los recios combates de la Columna Invasora de la guerra del 95, tanto aquellos en que salieron victoriosos como en los que fueron vencidas las armas cubanas: combate de los Indios, en Las Villas: 12 heridos, ningún muerto; combate de Mal Tiempo: 4 muertos, 23 heridos; combate de Calimete: 16 muertos, 64 heridos; combate de La Palma: 39 muertos, 88 heridos; combate de Cacarajícara: 5 muertos, 13 heridos; combate del Descanso: 4 muertos, 45 heridos; combate de San Gabriel de Lombillo: 2 muertos, 18 heridos..., en todos absolutamente el número de heridos es dos veces, tres veces y hasta diez veces mayor que el de muertos. No existían entonces los modernos adelantos de la ciencia médica que disminuyen la proporción de muertos. ¿Cómo puede explicarse la fabulosa proporción de 16 muertos por cada 1 herido, si no es rematando a éstos en los mismos hospitales y asesinando después a los indefensos prisioneros? Estos números hablan sin réplica posible.

"Es una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes; hay que matar 10 prisioneros por cada soldado muerto"... Ese es el concepto que tienen del honor los cabos furrieles ascendidos a generales el 10 de marzo, y ese es el honor que le quieren imponer al Ejército nacional. Honor falso, honor fingido, honor de apariencia que se basa en la mentira, la hipocresía y el crimen: asesinos que amasan con sangre una careta de honor. ¿Quién les dijo que el honor de un Ejército consiste en asesinar heridos y prisioneros de guerra?

En las guerras los ejércitos que asesinan a los prisioneros se han ganado siempre el desprecio y la execración del mundo. Tamaña cobardía no tiene justificación ni aun tratándose de enemigos de la patria invadiendo el territorio nacional. Como escribió un libertador de la América del Sur, "ni la más estricta obediencia militar puede cambiar la espada del soldado en cuchilla de verdugo". El militar de honor no asesina al prisionero indefenso después del combate, sino que lo respeta; no remata al herido, sino que lo ayuda; impide el crimen y si no puede impedirlo hace como aquel capitán español que al sentir los disparos con que fusilaban a los estudiantes quebró indignado su espada y renunció a seguir sirviendo a aquel ejército.

Los que asesinaron a los prisioneros no se comportaron como dignos compañeros de los que murieron. Yo vi muchos soldados combatir con magnífico valor, como aquellos de la patrulla que dispararon contra nosotros sus ametralladoras en un combate casi cuerpo a cuerpo o aquel sargento que desafiando la muerte se apoderó de la alarma para movilizar el campamento. Unos están vivos, me alegro; otros están muertos: creyeron que cumplían con su deber y eso los hace para mí dignos de admiración y respeto; sólo siento que hombres valerosos caigan defendiendo una mala causa. Cuando Cuba sea libre, debe respetar, amparar y ayudar a las mujeres y los hijos de los valientes que cayeron frente a nosotros. Ellos son inocentes de las desgracias de Cuba, ellos son otras tantas víctimas de esta nefasta situación.

Pero el honor que ganaron los soldados para las armas muriendo en combate lo mancillaron los generales mandando asesinar prisioneros después del combate. Hombres que se hicieron generales de la madrugada al amanecer sin haber disparado un tiro, que compraron sus estrellas con alta traición a la República, que mandan asesinar los prisioneros de un combate en que no participaron: esos son los generales del 10 de marzo generales que no habrían servido ni para arrear las mulas que cargaban la impedimenta del Ejército de Antonio Maceo.

Si el Ejército tuvo tres veces más bajas que nosotros fue porque nuestros hombres estaban magníficamente entrenados, como ellos mismos dijeron y porque se habían tomado medidas tácticas adecuadas como ellos mismos reconocieron. Si el Ejército no hizo un papel más brillante, si fue totalmente sorprendido pese a los millones que se gasta el SIM en espionaje, si sus granadas de mano no explotaron porque estaban viejas, se debe a que tienen generales como Martín Díaz Tamayo y coroneles como Ugalde Carrillo y Alberto del Río Chaviano. No fueron 17 traidores metidos en las filas del Ejército como el 10 de marzo, sino 165 hombres que atravesaron la Isla de un extremo a otro para afrontar la muerte a cara descubierta. Si esos jefes hubieran tenido honor militar habrían renunciado a sus cargos en vez de lavar su vergüenza y su incapacidad personal en la sangre de los prisioneros.

Matar prisioneros indefensos y después decir que fueron muertos en combate, esa es toda la capacidad militar de los generales del 10 de marzo. Así actuaban en los años más crueles de nuestra guerra de independencia los peores matones de Valeriano Weyler. Las Crónicas de la Guerra nos narran el siguiente pasaje: "El día 23 de febrero entró en Punta Brava el oficial Baldomero Acosta con alguna caballería, al tiempo que, por el camino opuesto acudía un pelotón del regimiento Pizarro al mando de un sargento allí conocido por Barriguilla. Los insurrectos cambiaron algunos tiros con la gente de Pizarro, y se retiraron por el camino que va de Punta Brava al caserío del Guatao. El pelotón del regimiento Pizarro siguió la marcha hacia el Guatao seguido por otra compañía de voluntarios de Marianao al mando del capitán Calvo. Al penetrar la vanguardia en el caserío se inició la matanza entre el vecindario pacífico y asesinaron a doce habitantes del lugar haciendo prisionero al resto. No saciados aún con los atropellos cometidos, en las afueras de Guatao, llevaron a remate otro bárbara ejecución que ocasionó la muerte a uno de los presos y terribles heridas a los demás. El Marqués de Cervera, militar palatino y follón, comunico a Weyler la costosísima victoria obtenida por las armas españolas; pero el comandante Zugasti, hombre de pundonor, denunció al gobierno lo sucedido, y calificó de asesinato de vecinos pacíficos las muertes perpetradas por el fascineroso capitán Calvo y el sargento Barriguilla".

"La intervención de Weyler en este horrible suceso y su alborozo al conocer los pormenores de la matanza, descubre de modo palpable en el despacho oficial que dirigió al ministro de Guerra a raíz de la cruenta inmolación: "Pequeña columna organizada por comandante militar Marianao con fuerzas de guarnición, batió, destrozándolas, partidas de Villanueva y Baldomero Acosta cerca de Punta Brava, causándoles veinte muertos, que entregó para su enterramiento al alcalde de Guatao, haciéndole quince prisioneros, entre ellos un herido y suponiendo llevan muchos heridos; nosotros tuvimos un herido grave, varios leves y contusos.— Weyler".

¿En qué se diferencia este parte de guerra de Weyler de los partes del coronel Chaviano, dando cuenta de las victorias del comandante Pérez Chaumont? sólo en que Weyler comunicó 20 muertos y Chaviano comunicó 21; Weyler menciona un soldado herido en sus filas, Chaviano menciona dos: Weyler habla de un herido y 15 prisioneros en el campo enemigo, Chaviano no habla de heridos ni prisioneros...

Igual que admiré el valor de los soldados que supieron morir, admiro y reconozco que muchos militares se portaron dignamente y no se mancharon las manos en aquella orgía de sangre. No pocos prisioneros que sobrevivieron les deben la vida a la actitud honorable de militares como el teniente Sarría, el teniente Camps, el capitán Tamayo y otros que custodiaron caballerosamente a los detenidos. Si hombres como ésos no hubiesen salvado en parte el honor de las Fuerzas Armadas hoy sería más honroso llevar arriba un trapo de cocina qué un uniforme.

Para mis compañeros muertos no clamo venganza. Como sus vidas no tenían precio, no podrían pagarla con las suyas los criminales juntos. No es con sangre como pueden pagarse las vidas de los jóvenes que mueren por el bien de un pueblo; Mis compañeros, además, no están ni olvidados ni muertos; viven hoy más que nunca y sus matadores han de ver aterrorizados cómo surge de sus cadáveres heroicos el espectro victorioso de sus ideas. Que hable por mí el Apóstol: "Hay un límite al llanto sobre las sepulturas de los muertos, y es el amor infinito a la patria y a la gloria que se mira sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás; porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra".

RELATO DE HAYDEE SANTAMARIA

Melba es la que se recuerda de todas las cosas con mayor exactitud. Yo no recuerdo con precisión las horas, tal vez ella tampoco ahora, después de tantas cosas y tantos años, pero antes cuando nos poníamos a hablar de aquellas horas, a ella le era más fácil reconocer los hechos en detalles.

Si yo comienzo a hablar y sigo hablando por mucho rato sobre el Moncada con seguridad de que me voy a recordar de muchas cosas.

Ahora en lo que más pienso es en los que fuimos al Moncada y en Fidel y me pregunto: ¿cómo es posible que siendo Fidel como es haya habido quien lo traicionara?, ¿cómo es posible que no lo hayan conocido? ¿cómo es posible que todos no estuvieran perfectamente identificados con Fidel, con la Revolución?

Todas las veces que veo a Fidel, que hablo con él, que lo escucho en la Televisión pienso en los demás muchachos, en todos los que han muerto y en los que están vivos y pienso en Fidel, en el Fidel que conocimos y que actualmente es el mismo. Pienso en la Revolución que es la misma que nos llevó al Moncada.

Estábamos en la casa de Siboney, Melba, Abel, Renato, Elpidio y yo. A Renato se le ocurrió hacer un "chilindrón de pollo". Me reí cuando me lo dijo y empecé a argumentarle que no era un "chilindrón" sino un "fricasé". "Así le dicen en Vuelta Abajo" insistía Renato.

Mientras cocinábamos y sin interrumpir la conversación con Melba y Renato, mirando a Abel, pensaba en la última vez que estuvimos en el Central, a despedirnos de los viejos y la familia. Cuando fuimos a dejar la casa por la madrugada para regresar a La Habana, Aida nos advirtió que pusiéramos cuidado en no despertarle la niña. Abel quiso cargarla, quiso besarla.

Yo dije: —Déjanos, a lo mejor es la última vez que la vemos.

Aida me miró alarmada, y yo quise hacer un chiste:

—A lo mejor es en la carretera donde quedamos.

—No seas trágica— me dijo Aida y nos fuimos.

Cuando estuvo hecho el "chilindrón" de Renato, Abel no quiso comer. Iba a Santiago a acompañar un viejo matrimonio que vivía frente a la casa de Siboney. Tal vez sea el último Carnaval que vean, pensé.

Melba estaba a mi lado, hacia siete meses que no nos habíamos separado ni un solo día.

Pensaba en casa, en Melba que estaba a mi lado, en los muchachos. A esa hora no se me hubiera ocurrido pensar en la muerte, pero había dos cosas que me punzaban con dolor. Si todo se acaba, que quede Fidel, por él se hará la Revolución y nuestras vidas y nuestros hechos tendrán una significación; la otra se me reveló mucho después, con una terrible angustia, cuando nuestros muertos quedaron entre la sangre y la tierra y ya supimos que no los volveríamos a ver, temí que me separaran de Melba. Recuerdo a Melba tratando de protegerme; yo tratando de protegerla a ella y unos a los otros tratando de protegernos. Cualquier cosa se hace, cualquier cosa cuando otras vidas están en nuestras manos. Cualquier cosa bajo las balas, bajo las ráfagas de ametralladoras, entre los gritos de dolor de los que caían heridos, entre las últimas quejas de los que morían. Cualquier cosa es poco y mucho y nadie sabe cómo un hecho de esta naturaleza va a desarrollarse. Nadie sabe lo que va a hacerse en los minutos que siguen. Hay cosas que sí se saben, como todo lo que se ama. Fuí al Moncada con las personas que más amaba. Allí estaban Abel y Boris y estaba Melba y estaba Fidel y Renato y Elpidio y el poeta Raúl, Mario y Renato y Chenard y los demás muchachos y estaba Cuba y en juego la dignidad de nuestro pueblo ofendida y la libertad ultrajada, y la Revolución que le devolvería al pueblo su destino.

Los muchachos llegaban con hambre. La media noche nos encontró conversando, riéndonos, se hacían y decían bromas a todos. Servíamos café y un poco de lo poco que había quedado de la comida, de la comida que Abel no comió. Volvíamos a los cuentos, a la anécdota de mi llegada a Santiago con dos maletas llenas de armas, de tal modo pesadas, que un soldado que la movió al pasar junto a mí en el coche del tren, me preguntó si llevaba dinamita. —Libros —le dije—. Acabo de graduarme y voy a ejercer en Santiago. Aproveché el Carnaval para divertirme un poco después de los estudios. Usted sería un buen compañero para divertirme en el carnaval. —El soldado sonrió amistoso y me dijo dónde debíamos encontrarnos. Bajó conmigo al andén, llevando mi maleta. Abel y Renato estaban esperándome en la Terminal. Yo me acerqué para decirles: "Esa es la maleta" y agregué: "es un compañero de viaje". Y al soldado. "Son dos amigos que vienen a esperarme". El soldado entregó la maleta y partimos.

Uno de los muchachos le hacía chistes a Boris.

—Ten cuidado con Yeyé que tiene una cita en el parque con un solado de la Dictadura —y todos nos reiamos.

Después llegó Fidel, y unos, solos y otros en grupo, llegaron todos.

Después salimos.

Luego estábamos en la máquina, Melba, Gómez García, Mario Muñoz y yo. Después y durante todo el viaje al Moncada pensaba en casa, pensaba en la mañana que vendría: ¿qué pasaría? ¿qué dirían en casa? ¿cómo sería el día que comenzaba?

Después llegamos.

Después fueron los primeros segundos y los primeros minutos y luego fueron las horas. Las peores, más sangrientas, más crueles, más violentas horas de nuestras vidas. Fueron las horas en que todo puede ser heroico y valiente y sagrado. La vida y la muerte pueden ser nobles y hermosas y hay que defender la vida o entregarla absolutamente.

Estos son los hechos que Melba recordaba con precisión.

Los que yo inútilmente he tratado de olvidar. Los que yo envueltos en una nebulosa de sangre y humo recuerdo. Los que compartí con Melba. Los que Fidel narra en "La Historia me Absolverá". La muerte de Boris y la de Abel. La muerte segando a los muchachos que tanto amábamos. La muerte manchando de sangre las paredes y la hierba. La muerte gobernándolo todo, ganándolo todo. La muerte imponiéndosenos como una necesidad y el miedo a vivir después de tantos muertos y el miedo a morir sin que hayan muerto los que deben morir y el miedo a morir cuando todavía la vida puede ganarle a la muerte una última batalla.

Hay esos momentos en que nada asusta, ni la sangre, ni las ráfagas de ametralladoras, ni el humo, ni la peste a carne quemada, a carne rota y sucia, ni el olor a sangre caliente, ni el olor a sangre coagulada, ni la sangre en las manos, ni la carne en pedazos, deshaciéndose en las manos, ni el quejido del que va a morir. Ni el silencio aterrador que hay en los ojos de los que han muerto. Ni las bocas semiabiertas donde parece que hay una palabra que de ser dicha nos va a helar el alma.

Hay ese momento en que todo puede ser hermoso y heroico. Ese momento en que la vida por lo mucho que importa y por lo muy importante que es, reta y vence a la muerte. Y una siente cómo las manos se agarran a un cuerpo herido que no es el cuerpo que amamos, que puede ser el cuerpo de uno de los que veníamos a combatir, pero es un cuerpo que se desangra, y una lo levanta y lo arrastra entre las balas y entre los gritos y entre el humo y la sangre. Y en ese momento una puede arriesgarlo todo por conservar lo que de verdad importa, que es la pasión que nos trajo al Moncada, y que tiene sus nombres, que tiene su mirada, que tiene sus manos acogedoras y fuertes, que tiene su verdad en las palabras y que puede llamarse Abel, Renato, Boris, Mario o tener cualquier otro nombre, pero siempre en ese momento y en los que van a seguir puede llamarse Cuba.

Y hay ese otro momento en que ni la tortura, ni la humillación, ni la amenaza pueden contra esa pasión que nos trajo al Moncada.

El hombre se nos acercó. Sentimos una nueva ráfaga de ametralladoras. Corrí a la ventana. Melba corrió detrás de mí. Sentí las manos de Melba sobre mis hombros. Vi al hombre que se me acercaba y oí una voz que decía "han matado a tu hermano". Sentí las manos de Melba. Sentí de nuevo el ruido del plomo acribillando mi memoria. Sentí que decía sin reconocer mi propia voz: "¿Ha sido Abel?" Miré al hombre que bajó los ojos. "¿Es Abel?" El hombre no respondió. Melba se me acercó. Toda Melba eran aquellas manos que me acompañaban "¿Qué hora es?" Melba respondió. "Son las nueve".

Estos son los hechos que están fijos en mi memoria. No recuerdo ninguna otra cosa con exactitud, pero desde aquel momento ya no pensé en nadie más, entonces pensaba en Fidel. Pensábamos en Fidel. En Fidel que no podía morir. En Fidel que tenía que estar vivo para hacer la Revolución. En la vida de Fidel que era la vida de todos nosotros. Si Fidel estaba vivo, Abel y Boris y Renato y los demás no habían muerto, estarían vivos en Fidel que iba a hacer la Revolución cubana y que iba a devolverle al pueblo de Cuba su destino.

Lo demás era un nebulosa de sangre y humo, lo demás estaba ganado por la muerte. Fidel ganaría la última batalla, ganaría la Revolución.

Miscelánea

Esto se da únicamente una vez al año, y hoy es el día: "Regatas nacionales de Varadero". Los deportistas, recuerden que se les teletransmitirán por el Canal 6, narradas desde un caza submarino situado frente a la playa Azul. Hora: 8 a.m.

Bautizado ayer José Fernando de Cuervo y Sánchez en la intimidad

Para una ceremonia bautismal que, a pesar de su carácter intimo, resultó hermosa y lucida, abrieron ayer tarde su residencia del Vedado los distinguidos y estimados esposos Carlos M. Sánchez Mola y Cuca Sánchez Montoulieu, quienes precisamente celebraban esa fecha de ayer, con la mayor felicidad, sus bodas de plata. En la ceremonia a que nos referimos verificada después de las cinco de la tarde hizo su ingreso en la gran familia cristiana el primer nieto de los dueños de la casa José Francisco de Córdoba y Sánchez —primogénito de los jóvenes esposos Otto de Córdoba y María Cristina Sánchez, un chiquillo graciosisimo, al que apadrinaron su abuelo paterno, y su abuela materna. Ofició el Padre Cobelo S.J. En el altar, levantado en uno de los salones de la casa, se admiraba una antigua imagen del Sagrado Corazón de Jesús, perteneciente a la familia Sánchez, ante la que contrajeron matrimonio los padres del neófito. A los lados advertíase jarras de plata con rosas blancas "Queen Mary". Después de la ceremonia se sirvió un delicioso buffet adornándose la mesa con un valioso centro de plata que arregló la "Casa Trías" con claveles blancos importados.



dedicado a San Juan Martínez, de cuya historia y geografía se ofrecerán datos interesantes).

—Vemos que en "Aquí está el circo" de hoy (canal 2, 7:30 p. m.), aparecerán nuevas figuras: Charles Dufflar, "Los vagabundos", Alberto Montejo, el excéntrico Moralitos... ¿Cuándo reaparecerá "Mandrake"?

—La guapa Mercedes Pérez Cayro, triunfadora en reciente tournée por tierras del sur, será vista y escuchada mañana en "Noche tropical" (canal 2, 9 p.m.); para la colonia hispana, otro agradable incentivo: el trío "Serenata española".

—A ver si en "Mesa redonda sobre el libro" (CMQ-TV, mañana, 10 p.m.), se pone sobre el tapete el por qué los autores cubanos no pueden publicar libros... o, si los publican, no ganan con ellos ni para pan con mantequilla. (Y esta "mesa redonda" nos sugiere otra: sobre las ganancias que se liquidan a los compositores musicales cubanos. ¡Asunto candente! Va la amable sugerencia al doctor Mañach).

¿LO SABIA USTED?

Por el canal 5 de Los Angeles —operado por la "Paramount Films"— se transmite un programa en que los hombres no intervienen en ningún aspecto. Director, productor, locutores, animadores, coordinadores, etcétera, todos son del género femenino. Artistas: 'Orquesta Femenina de Ina Ray Hutton" —hermana de la actriz de cine Betty Hutton—, con nuestra compatriota Mercedes Zayas Bazán como cantante.

● Cumpliendo lo prometido ayer:

● **"Humo del recuerdo"** (jueves, canal 6, 9 p.m.).—Espléndida labor de Gina Cabrera y Yolanda Fabián: esta última, ¡qué lejos va a llegar! Raúl Selis —debutante en TV— se desenvolvió a las mil maravillas, pese a lo cursi del libreto. Algo increíble ordenado por el autor: el "patriota" Selis llega casi moribundo, sin fuerzas ni para tocar en la puerta de la puerta de la casa, ¡y pocos minutos después se enreda a puñadas con un guardia español y lo mata a golpes!

● **"La familia"** (jueves, canal 6, 8:30).—Sea Estela H. de Alarcón autora real, o sólo nombre que oculte al verdadero autor, hay que reconocer que los librefos de "La familia" han mejorado notablemente desde que aparecen escritos por esa persona. Los asuntos son menos simples, con contenido humano más interesante, más substancial. ¿Es o no es así?

● "Cocktail de estrellas" ("Canal 2-TV", anteayer, 9 p.m.), ni bien ni mal. Ameno, artistico, sí; pero nada para optar por premio.

● Anteanoche, en "Escuela de TV" (UR-TV, 9:30), la votación por aplausos señaló ganadora en el concurso del danzón a una pareja que, en realidad, no había bailado buen danzón. Por suerte para la justicia, Pumarejo no midió bien la intensidad de las ovaciones y designó triunfadora a una pareja que no obtuvo los más fuertes aplausos, aunque en verdad había sido la mejor. Vean cómo, alguna vez, un error es disculpable.

● Laurel y mirra para Violeta Jiménez, por su trabajo en "Ciclorama" (canal 6, antier, 10 p.m.). Opacó a Santiago Ríos y Ricardo Dantés, lo que es mucho decir. ¿Qué tal el libreto? Muy telegénico.

● Si el videoescucha no captó CMBF-TV anteanoche, dejó de ver "cámara húngara" de primera clase: en el juego "Teléfonos" vs "Regla". Las cámaras recogieron el altercado con cuidado propio de documental.

RADIO

—Nos luce que Yolanda Pujol no le infiltra bastante exotismo al personaje "Youla, la reina blanca", en "El Fantasma" ("Cadena Azul", 12:40 p.m.); un poco más

(Continúa en la página B-13)

RELATO DE MELBA HERNANDEZ

El 26 de Julio? ¿Las 24 horas del 26 de Julio de 1953? No puedo concretarme a pensar en un espacio de tiempo tan cerrado. Para mí, el 26 de Julio empezó el 25. Desde ese día supimos que estábamos en las últimas horas antes de una acción de importancia. No sabíamos exactamente lo que iba a ocurrir y no lo preguntábamos. Nos limitamos a trabajar.

Haydée Santamaría y yo sabíamos que vendrían muchos automóviles con otros compañeros, a reunirse en la casa de Siboney. Nos dedicamos a limpiar el patio, que había quedado lleno de clavos y pedazos de madera: eran restos de la cerca que se había levantado para que no se viera lo que ocurría dentro. Temíamos que los automóviles se poncharan con algún clavo olvidado: limpiamos el patio pulgada por pulgada.

Después colocamos las colchonetas que nos habían mandado para que descansaran los muchachos. Y en eso estábamos cuando empezaron a llegar los primeros: García Gómez venía en un automóvil agitando en la mano unos papeles donde había escrito un poema revolucionario. Ernesto Tizol me puso riendo un paquetico en la mano, como si fuera un regalo: era una bandera del 4 de septiembre que habían traído como camuflaje.

En unos momentos la casa se llenó de esa actividad concentrada de muchas personas moviéndose en silencio. Del fondo del pozo sacaron los uniformes que estaban allí guardados. Estaban húmedos y arrugados: Haydée y yo empezamos a plancharlos, mientras Guitart me suplicaba:

—Oye, el primero que planchen es para mí.

Lo complacimos y desde las diez de la noche ya él paseaba por toda la casa, de completo uniforme, con gorra y todo. Comimos mangos, leche y galleticas. Como a las once de la noche llegó Fidel y se repartieron las armas: había una atmósfera de disciplina como nunca la he visto antes ni después: un momento como ese no se puede ni describir...

Mientras nosotras terminábamos de planchar uniformes, los muchachos empezaron a moverse con las armas. Hubo un momento de terror: alguien vio un hombre uniformado moviéndose en la sombra del patio. ¿Sería un oficial de la Dictadura? ¿Estaríamos descubiertos? Alguien se asomó sigilosamente a mirar, mientras los demás esperábamos. El vigía se echó a reir: era Guitart, el primer uniformado, que tomaba el fresco de la noche.

Y ese no fue el único susto: cuando Fidel terminó de repartir las armas, a uno de los muchachos se le escapó un tiro al aire. Después del disparo cayó un gran silencio sobre todo el mundo: era posible que el tiro hubiera atraído la atención de alguien. Pasamos minutos y minutos nada más que oyendo chillar a los grillos. Después volvimos a respirar: estábamos de suerte. Nadie había oído.

Haydée y yo nos acercamos a Fidel para pedirle órdenes. Nos dijo que esperáramos por ellos en la casa de Siboney hasta que hubiera noticias del resultado de la acción. Nosotros nos miramos decepcionadas. Hasta entonces habíamos estado seguras de que iríamos con ellos y ahora nos sentimos echadas a un lado.

Yo le protesté a Fidel de que nosotras éramos tan revolucionarias como cualquiera de los de allí y que era injusto que nos discriminaran por ser mujeres. Fidel titubeó: le habíamos tocado un punto sensible. Nos dijo que él dejaba la responsabilidad en manos de Abel: él decidiría si su hermana y yo debíamos ir con ellos.

Esperamos a Abel con impaciencia. No podíamos creer que nos dejaran atrás después de que nos habíamos considerado parte esencial del grupo. Cuando llegó Abel, lo flanqueamos en seguida para pedirle su opinión. Pero ya entonces tuvimos un buen defensor: el doctor Mario Muñoz dijo que podíamos ir en calidad de enfermeras. Nos reclamó como necesarias. Abel y Fidel nos dieron permiso y empezamos a prepararnos.

Como a las cinco de la madrugada, Haydée y yo salimos en el último automóvil. El trayecto fue sin incidentes, excepto porque vimos algo que nos asustó de pronto: la máquina de Boris Luis abandonada y con las puertas abiertas en la cuneta. Comprendimos que había ocurrido lo que temíamos: se habían ponchado. Fuimos en tensión el resto del camino y, casi como a propósito para calmarnos, fue a Boris Luis el primero que vimos disparando junto a un muro del Moncada. Entre ráfaga y ráfaga, extendió la mano para saludarnos.

Cuando nos bajamos en el Hospital, ya tuvimos que atravesar el espacio hacia la puerta bajo fuego graneado. La batalla estaba andando. Casi en seguida que llegamos tuvimos que atender heridos: los dos primeros fueron soldados de la dictadura que levantamos del suelo inútilmente: estaban muertos. Más tarde llegó uno de los nuestros, herido de bala a sedal en el vientre. Luego llegaron más y más.

Pero el ruido de los balazos disminuía y eso era un signo malísimo. Entró Abel y nos hizo notar que los disparos venían de un solo frente de los que se habían señalado para el ataque al Moncada. Esto era señal de que habíamos fracasado: por momentos el fuego era menos y menos y menos...

Eran como las ocho de la mañana. Abel nunca perdió la serenidad. Nos llamó a las dos aparte y nos dijo:

—Estamos perdidos. Ustedes saben igual que yo lo que me va a pasar a mi y posiblemente a todos. Pero lo que más me interesa es que ustedes, las mujeres, no se arriesguen. Escóndanse por el Hospital y esperen. Ustedes son las que más oportunidad tienen de salvar la vida. Conserven la vida de cualquier manera. Tiene que quedar alguien para contar lo que pasó aquí...

No supimos qué contestarle. Se nos fue entre las manos. Minutos después lo vimos en el patio, cuando lo detuvieron y se lo llevaron entre varios soldados, a golpes y culatazos. Corrimos por los pasillos del hospital y nos refugiamos en la Sala de niños, que era un infierno de chillidos y terror: los niños no habían tomado alimento y gritaban de hambre y miedo. Ayudamos a la enfermera a preparar agua de cebada y eso nos ayudó a no pensar en lo que podía estar ocurriendo afuera.

A las diez de la mañana nos encontramos en la Sala de Niños. Nos subieron a un automóvil y nos llevaron al cuartel. Allí nos encerraron en una gran habitación que posiblemente pertenecía al club de oficiales, porque recuerdo que había mesas de billar. Y bajo las mesas de billar los muchachos ya torturados se quejaban sangrando sobre las baldosas.

Se los llevaban de cuatro en cuatro. Los arrastraban con ellos y un rato después los traían, desmadejados, para llevarse cuatro más. ¿Qué les hacían más allá de aquella puerta? Nunca lo supimos, porque a todos les habían arrancado los dientes a culatazos y cuando querían hablarnos sólo abrían la boca enseñando las encías ensangrentadas y murmurando cosas que no se entendían.

A mi lado dejaron caer al muchacho que habíamos atendido en el Hospital. El de la bala a sedal en el vientre. No estoy segura, pero creo que ya estaba muerto. Había quedado a mitad del camino por donde pasaban los soldados y traté de levantarlo para que no le pasaran por encima. Con mucho trabajo lo senté y le apoyé la cabeza en mi hombro, pero pesaba mucho y se volvía a resbalar una y otra vez. Por fin no tuve más fuerzas para alzarlo y los soldados, sin preocuparse de apartarlo, le pasaron varias veces por encima. La herida del vientre se abrió completamente y por ella empezaron a salirse los intestinos. Cuando nos sacaron de allí, seguía tirado en el suelo: nunca supe cómo se llamaba.

Varios soldados nos llevaron a la oficina de la comandancia. Por el camino, uno de ellos nos dijo:

—¿Ustedes no querían sangre? Pues vengan para que vean sangre.

Nos llevaron a la barbería del cuartel, donde por lo visto habían torturado a muchos. Estaba completamente cubierta de sangre: no sólo el piso, sino hasta las paredes y el techo. Nos arrastraron hasta un balconcito estrecho: allí parecía haber un tragante tupido y la sangre se había estancado en un charco de un centímetro de profundidad. De afuera soplaba una brisita de mañana, que hacía pequeñas olas en el laguito de sangre, como un mar muy tranquilo rompiendo en la arena.

Encerradas en la oficina de Sarría pasamos un espacio de tiempo que no sé cuánto duró. No sé. Me acuerdo que un soldado iba y venía, horrorizado, hablando solo y muy bajito como un loco, con un sonsonete que no paraba: "Esto sí que a mí no me gusta. Esto no puede ser". Me acuerdo que Haydée y yo comenzamos a tener arqueadas secas, con dolorosas contracciones del estómago vacío. Pedí agua y me dijeron que, "Ibamos en coche de que no nos hubieran matado y de contra pedíamos hasta agua".

Luego debe haber pasado un día, porque nos llamaron para que viéramos el entierro de los militares muertos. Nos asomaron por una ventana y vimos salir los carros fúnebres, con banda militar y banderas del cuatro de Septiembre. Buscamos para ver si veíamos algún ataúd que pudiera ser de los nuestros. Pero de ellos sí que no volvimos a saber jamás.

De afuera nos llegaban noticias que era mejor ni oir. A través de la puerta oímos gritar a una mujer en el pasillo: "Me mataron a mi marido". Luego nos dijeron: "Al cabecilla de ustedes, a Fidel Castro, lo hicimos tiritas" y hasta nos ofrecieron enseñarnos el cadáver. En la noche un soldado le dijo a otro: "¿Qué se habrá creído ese de los zapaticos de dos tonos?". Y comprendí que habían atrapado y torturado a Boris Luis: él llevaba los únicos zapatos de dos tonos.

En el fondo, creo que las dos estábamos seguras de que Abel había muerto, pero creíamos que si no lo decíamos lo mantendríamos vivo. Ni una sola vez habló Haydée de su hermano, como para no matarlo con el pensamiento. Sólo lo mencionó cuando nos trasladaron, una eternidad después, al Vivac de Santiago de Cuba.

Bajamos las dos desde la claridad de afuera hasta un sótano donde estaban hacinados los prisioneros. Y por primera vez Haydée dijo en voz alta lo que siempre había temido:

—Mira bien. Si Abel no está aquí, es que lo mataron.

Instintivamente nos apretamos las manos en la obscuridad mientras bajamos la escalera. Uno a uno empezamos a mirar a los muchachos, buscando el rostro de Abel. Haydée llegó primero con sus ojos al último de la fila, porque sentí que la presión de su mano iba disminuyendo hasta cesar: Abel Santamaría estaba muerto.

Después, no sé cómo, alguien me dijo que ya era el 28 de Julio. Así, setenta y dos horas de mi vida desaparecieron. Era el 28 de Julio: la larga noche sin días del 26 de Julio había terminado.

RELATO DE UN REVOLUCIONARIO ANONIMO

Los preparativos en La Habana duraron varios meses. El grupo comenzó a nutrirse preparando el hecho. Todo empezó en silencio, cada uno por su parte. Cada uno aportando fondos, lo que podía para comprar el material. Todos esos fondos fueron aportados por los que iban a tomar parte en la acción. Cada uno pagaba para pelear, pero sin que nadie se diera cuenta.

Tres meses preparando. Unos vendieron sus equipos de trabajo, otros los muebles de sus casas, sus negocios, el que podía aportaba su sueldo o gran parte de él. Había que ir viviendo.

Teníamos confianza, pero muy pocas esperanzas de sobrevivir. Eso sí., creíamos que la acción podía tener éxito. No era una acción desesperada.

No hubo ningún otro grupo de lucha, sino el grupo inicial que se fue constituyendo poco a poco, que tomó parte directamente en los preparativos. Fue una acción completa, desde la primera reunión secreta hasta el ataque. Nada se dejó sin hacer.

Yo era uno de los muchos que se movían en silencio en La Habana. Vendí un laboratorio farmacéutico que tenía, y el dinero fue a dar a la gran empresa. Las armas se compraron todas en La Habana, en las armerías, escopetas calibre 12, fusiles calibre 22, Colts 45. Las escopetas y los fusiles fueron las únicas armas largas que se llevaron; más una ametralladora que no funcionó por estar muy deteriorada, era la que se utilizaba en las prácticas secretas en la Universidad. Comprábamos las armas en lotes pequeños, para no despertar sospechas.

Salimos por tren, otros por ómnibus o en automóviles, solos, en grupos de dos o tres a lo sumo, un total de 120 para Santiago, y 30 para Bayamo. Ya allí había un grupo que nos tenía casas alquiladas, o habitaciones en hoteles, en casas de huéspedes, donde se podía. Alrededor de las nueve de la noche, los muchachos comenzaron a salir de los distintos puntos donde dormían y a trasladarse subrepticiamente a la finca de Siboney, donde ya tenían los uniformes y las armas. Uniformes del propio ejército.

Fidel llegó y nos habló a los reunidos allí. Explicó claramente, con precisión, cuáles eran los objetivos. Después se repartieron los uniformes y armas, y a las 5 y 20 Fidel preguntó quiénes eran los voluntarios que querían tomar la posta, que esos serían la vanguardia del ataque. Se ofrecieron José Luis Tosendi, Renato Guitart, Ramiro Valdés, Jesús Montané y José Suárez. Tomaron la posta, desarmaron a los defensores y bajaron la cadena que impedía el paso. Cinco minutos después del grupo de avanzada, comenzamos a salir nosotros.

Hasta ese momento todo funcionaba bien. La sorpresa estaba de nuestra parte, pero cuando el grupo principal se acercó a la posta y comenzó a entrar en el cuartel, nos falló la cosa. Se produjo algo imprevisto. No era habitual que aún a esa hora estuviera de servicio "la guardia cosaca", que así llamaban a dos soldados de casco blanco que se pasaban la noche dando vueltas al cuartel. En un primer momento "la guardia cosaca" no sospechó nada, y hasta saludó a la gente que llegaba en los automóviles creyéndolos compañeros, pero sospecharon algo al ver apearse a los compañeros de las primeras máquinas entrar apresurados por la posta, y preparando las armas, Al ver a los dos soldados en actitud de alarma, los compañeros de la máquina que pasaba frente a ellos hicieron fuego. El factor sorpresa desapareció.

Mi misión era tomar la casa de Chaviano. Fuí el último en salir de la finca. Pero en el camino de Siboney al Moncada me tropecé una máquina "ponchada", donde iban Boris, Luis Santa Coloma y otros compañeros. Me pidieron que los llevara primero al cuartel, y que realizara después mi encomienda. Pero cuando llegamos al cuartel ya se combatía duro.

Allí estuve hasta que Fidel dió la orden de retirada. Regresamos a la casa de Siboney. Decidimos irnos a las lomas para seguir allí la lucha. Estuvimos una semana en las lomas de la Gran Piedra, con Fidel. Eramos 17. Cuando quedábamos tres, Fidel, Pepe Suárez y yo, nos sorprendió la tropa al mando del teniente Sarría, que hoy es ayudante del Presidente Dorticós. Es a él a quien realmente debemos la vida. Las tropas a su mando querían liquidarnos.

Nos detuvo. Se negó a entregarnos a Pérez Chaumont que nos reclamó en la carretera. No nos llevó al Moncada sino al vivac de Santiago, y levantó de inmediato las actuaciones. Enseguida se supo públicamente quiénes eran los detenidos. Estábamos salvados.

El cambio comenzó a operarse el mismo día 26 de Julio. La revolución era una cosa seria, dura, peligrosa. Pero había núcleos de hombres que la creían posible, que no jugaban a hacer revoluciones, ni las anunciaban.

No puedo dejar de decir todo esto.

26 de JULIO

26 de JULIO

RELATO DE UN REBELDE

Jamás podré olvidar aquella terrible mañana del 26 de Julio de 1953. Nosotros éramos un grupo constituido por alrededor de 140 jóvenes, enrolados en el movimiento revolucionario que el Dr. Fidel Castro, había estado organizando y entrenando por los últimos nueves meses.

Llegamos a Santiago la noche antes de la planeada revuelta, mientras la ciudad celebraba sus tradicionales carnavales. La coincidencia de nuestro arribo en la época de los carnavales no fue en forma alguna accidental, pues de esta forma pudimos mezclarnos con la multitud bulliciosa y alegre, la cual en el climax de su celebración no podía ni imaginarse lo terrible de las horas que se avecinaban.

Aquella noche nosotros acampamos en la Finca Siboney, a pocos kilómetros de la ciudad. En la granja encontramos ya todo listo uniformes, armas etc. Los uniformes eran iguales a los usados por los esbirros de entonces y ello se hacía con el propósito de confundir a los mismos en el momento de la batalla. Debido a mi pequeña complexión física, ninguno de los uniformes me servía, todos eran demasiado grandes para mí y por esa causa se me ocurrió ponerme mis pantalones de civil debajo del pantalón de kaki.

Las cinco de la mañana, fue señalada como la hora cero. A esa hora abandonamos la granja hacia nuestro destino, Santiago de Cuba, nuestro objetivo era el ataque al Cuartel Moncada, la segunda guarnición militar de Cuba, por su poderio militar. Por supuesto nosotros estamos en gran desventaja pues además de la gran diferencia en cuanto al número de hombres, también hay que apuntar lo pobre de nuestro armamento constituido exclusivamente por pistolas, revólveres y escopetas de municiones. La única oportunidad de éxito dependía pues en la sorpresa.

Debido a que yo portaba una escopeta, fui enviado a la primera de las 15 máquinas que componían la caravana. La misma era manejada por Abel Santamaría, que como jefe del grupo nos explicó nuestra misión. Tomaríamos el Hospital Civil Saturnino Lora y desde allí serviríamos como francos tiradores, ya que por la estratégica posición del Hospital podríamos de esa forma realizar una gran labor en la protección de los compañeros que atacarían por el frente.

Desde el edificio del Hospital podíamos divisar perfectamente el campo de operaciones del Cuartel, ya que el mismo nos queda junto al Hospital. Al llegar al Hospital todos comenzamos a gritar "Batista esta muerto, Batista esta muerto", "Viva la revolución, que viva Cuba libre. El pánico más terrible se apoderó de todos los presentes y no encontramos la menor resistencia. Entonces rápidamente nos moviamos hacia un gran salón donde todos tomamos posiciones. Yo me paré detrás de una de las ventanas de percianas que allí se encontraba y comencé a disparar mi escopeta.

El tiempo comenzó a pasar rápido; pero los disparos en vez de decrecer se iban incrementando cada vez más y más, esto sólo podía significar una cosa, que algo había salido mal en nuestros planes; sin embargo yo no pensé mucho en aquello y por el contrario continué disparando mi escopeta con un extraño furor a la vez que con la esperanza y la fé de que al final venceríamos.

Después fuí notando como las balas de los "guardias" se iban concentrando cada vez más en las posiciones que nosotros ocupabamos. Una de las balas rompió la ventana exactamente en el mismo lugar donde yo descansaba mi escopeta y sólo por fracción de pulgadas no me alcanzó. Mucho tiempo había pasado sin siquiera darnos cuenta. Algunos habían ya agotado su parque. Yo sentía mis brazos cansados. Fue entonces que pregunté la hora. Eran las nueve en punto, las nueve de la mañana exclamé en voz baja; y eso me hizo volver en mi haciéndome consciente de la realidad del momento. Tres horas habían transcurrido y tres horas significaba mucho tiempo. Tres horas sin haber alcanzado el éxito, sólo podía decir que todo estaba perdido. Mis balas se terminaron y salí a echar una vista en los alrededores.

No habían trascurrido ni 15 minutos cuando ya casi todos los compañeros estabamos reunidos en los pasillos del Hospital. Todo el mundo se esforzaba en encontrar una forma de escape de aquel lugar en el que nosotros mismos nos habíamos encerrados. La situación era muy difícil, el Hospital estaba rodeado por las fuerzas de la Tiranía y cualquier intento por salir de allí hubiera sido fatal sin duda alguna. Más todos repetían lo mismo, "tenemos que hacer algo". Yo pensé entonces de mi pantalón de civil que tenía debajo del kaki, sólo me faltaba una camisa para estar completo. Fuí por los alredores en busca de una y al fin la encontré colgando de un perchero; sin la menor vacilación la cogí y me cambié de ropas. Ahora tenía ropa de civil pero aún me lucía imposible salir de allí. Cuando me uní de nuevo al grupo observé la presencia de un viejo veterano que conversaba con mis compañeros. El viejo mambí estimulaba con sus palabras a los compañeros para que continuarán peleando y hasta pedía que le entregasemos una escopeta a él. Entonces le explicamos cómo ya todo estaba perdido y que ahora sólo nos esforzábamos por encontrar alguna forma de salvar nuestras vidas. Uno de los compañeros presentes apuntando hacia mi expresó en aquel momento:

"Mire Veterano, yo estaba pensando que probablemente Ud. podría hacer algo por este compañero, él tiene ya ropa de civil y Ud pudiera hacerlo aparecer como un miembro de su familia, que se quedó con Ud. aquí durante la noche". El veterano miró hacia mi sorprendido; hasta ese momento él no me había considerado como miembro del grupo revolucionario. ¿"Pero cómo, preguntó excéptico, Ud. se refiere a éste jovencito"? Por ese tiempo yo sólo tenía 19 años y mi cuerpo pequeño me hacia lucir aún más joven. [illegible] también es del grupo", contestó mi amigo, el viejo libertador movió su cabeza en un gesto de lamentación.

Pasaron varios segundos de un silencio dramático y después dijo el veterano, "Bueno yo creo que eso no va a ser tan fácil; pero al menos podemos sufrir el riesgo de todas formas". Y agregó con énfasis en su voz, "Yo prometo q. haré todo lo posible por protegerlo haciéndolo aparecer como si fuera mí nieto". Mientras tanto yo permanecía callado, no veía buenas posibilidades en aquel plan y por ello trataba de pensar en algo mejor; pero como no obtuve mejor idea decidí seguir la sugestión de mi compañero. Después de todo, esto significaba una probabilidad y cualquier probabilidad en aquellas circunstancias era suficientemente buena para ser abrazada. El anciano veterano se acercó hasta mí y poniéndome su brazo en mi hombro me pidió que lo acompañara.

Caminamos hasta llegar al pabellón que él mismo ocupaba, al entrar miré discretamente alrededor y rápidamente me familiaricé con el salón. Ninguno de los veteranos recluídos, unos veinte, se fijaron mucho en mí ni me miraron extrañamente. Me senté junto a su cama. Frente a mí pude ver su hoja clínica colgando de la cama, allí leí su nombre, Tomás Sánchez. Jamás lo escribí; pero jamás tampoco lo he olvidado desde entonces. Durante el tiempo que pasé allí no hablamos mucho. Algunas veces intercambiábamos miradas, él hacía algún gesto significativo o bien me hacía alguna pregunta baladí. Allí adentro aún escuchaba bastantes disparos pero ellos habían decrecido considerablemente, a veces sólo se escuchaban esporádicamente. Yo bien sabía que aquella situación no se podía extender por mucho tiempo; en cualquier momento asaltarían el local y vendrían por nosotros. Me encontraba en una gran tensión nerviosa, pero nadie hubiera podido notarla, pues lucí siempre muy sereno. En aquellos momentos nunca pensé mucho en mí, más me atormentaba infinitamente el recuerdo de mis viejos.

Dos horas más habían transcurrido, dos horas que parecieron dos años. Hubo entonces un largo silencio, un silencio que sin duda presagiaba algo espantoso y terrible. De pronto se escuchó un ruido ensordecedor producido por los disparos múltiples de ametralladoras y otras armas de grueso calibre. Los enfermos se sentaron en sus camas y hubo inquietud en la sala; pero ya todos sabíamos lo que ocurría. Al fin los sicarios habían vencido su miedo y se habían decidido a tomar el Hospital. Minutos después escuchaba los pasos de muchas gentes corriendo por los pasillos exteriores y gritos y disparos que daban la sensación de encontrarse uno en el mismo infierno descrito por Dante. Una preocupación desesperante por mis compañeros a los que no había visto desde que había entrado en la sala, llenaba todo mi espíritu y a la vez me servía de un estimulante extraordinario. Pues a pesar de toda aquella situación por mi situación particular, puedo decir que nada me inquietaba en lo más mínimo, esperaba lo peor y lo esperaba resignado y tranquilo aunque sólo un poco preocupado por el viejo Tomás.

Pasaron unos veinte minutos al cabo de los cuales se oyeron fuertes golpes en la puerta del pabellón. Enseguida alguien abrió la puerta y los perros disfrazados de soldados se lanzaron adentro registrándolo todo en busca de revolucionarios. Los ví entrar y mi imaginación me hizo pensar que venían exclusivamente por mí; sin embargo buscaron por todos los rincones a todo lo largo y ancho de la sala sin siquiera preguntarme nada a mí. El plan de pasar como nieto del enfermo veterano parecía que iba a tener éxito. Poco rato después los "guardias" abandonaban el pabellón y sólo quedaba un oficial hablando con un médico en una esquina de la sala. Me pareció ver en aquel momento una buena oportunidad para plantear mi situación imaginaria. Así con voz baja le dije al buen Tomás: "Abuelo yo creo que aho ra hay una buena oportunidad para yo regresar a casa, Ud. podría hablar con el Cap. aquel que está allí y explicarle lo que pasa pues ya Ud. sabe cómo debe estar la vieja ¿Ud. no cree?" El viejo Tomás no dijo nada, frunció más su arrugada frente y quedó pensativo por unos segundos que me parecieron horas. "Sí, yo creo que éste es el momento, dijo con voz baja, más tarde sería peor, pídele a la Caridad del Cobre y que sea lo que Dios quiera", me dijo con voz tierna.

Yo seguía con mi tensión nerviosa interior, pero con la misma serenidad exterior. Entonces cuando mi providencial Abuelo lo estimó más conveniente, llamó al oficial, un Capt. joven de aspecto bonachón. El Capt. se acercó a la cama y dijo "Digame veterano qué le pasa", "mire Capt expresó Tomás, acá es mi nieto que anoche vino a quedarse conmigo y lo agarró el lío aquí, figúrese, ya Ud. puede imaginarse cómo estará la madre de preocupada, por lo que yo quisiera a ver si Ud. podía hacer algo para que lo dejaran irse". El Capt. llamó al médico y le preguntó si me conocia; por supuesto, el médico jamás me había visto anteriormente, pero sin embargo contestó afirmativamente; a lo que respondió el oficial: "Veterano no se preocupe, su nieto no va a tener problemas, yo lo

voy acompañar hasta la puerta". El Capt. me pidió que lo acompañara y así me dispuse a hacerlo. Al levantarme de la silla besé en las mejillas al viejo Tomás y le dije entrecortado: "Hasta luego, Abuelo".

Al llegar a la puerta había "guardias" chequeando y tomando las generales de todo el que entraba y salía, yo me fuí a acercar a ellos pero el Capt. me dijo "No, no O.K. tu eres hijo de veterano chico tú no tienes problema". Se había dado lo inconcebible. Lo que lucía no tener una solución lógica posible, se había resuelto sin embargo en la forma más fácil y sencilla. Ahora retornaba de nuevo la libertad; pues aunque aquello no significaba la eliminación de todos los peligros y vicisitudes, resultaba al menos un paso enorme y una esperanza magnífica de escape, esperanza que no se murió, pues después de una gran odisea en la ciudad arriesgando mi vida a cada minuto, pude al fin tomar un ómnibus y regresar a La Habana, para al cabo de siete años poder contemplar el panorama hermoso y grandioso de ver convertido en realidad, con la consolidación de la Revolución Cubana, los bellos y sacrosantos ideales por los que murieron vilmente asesinados mis compañeros todos con los que estuve en el Hospital Civil Saturnino Lora aquella gloriosa mañana del 26 de Julio de 1953, que ha pasado a ser el nombre de la Revolución más grande y digna que recuerdan y recordarán las presentes y futuras generaciones.

Ramón Paz Ferro.

RELATO DE UN COMBATIENTE

Alguno de los tres que iban conmigo, a los cuales sólo conocía de vista, dijo que estabamos en Siboney.

Yo no había estado antes en Santiago de Cuba, ni en ninguna otra parte de Oriente: Todo me era nuevo y totalmente desconocido.

Entramos a la casa, y lo primero, fue pedirnos que no hablaramos. "En caso extremo, hablen en voz baja", dijo el compañero que nos había recibido.

La casa me parecía estrecha para los veinte y pico de hombres que estábamos dentro de ella. Los muebles eran escasos y estaban distribuidos como si hubiera el propósito de que quedara el mayor espacio desierto entre ellos. En el suelo varios colchones servían de cama a algunos hombres que reposaban la angustiosa espera. Sentadas, dos mujeres trabajaban en lo que serían más tarde nuestros uniformes de combate: En una de ellas reconocí a Melba Hernández. La otra, me enteré después, era Haydée Santamaría.

Melba se me acercó y me insistió para que descansara. Dormí aproximadamente hora y media (aunque no llevaba reloj —se había prohibido el uso de identificaciones personales de cualquier tipo y yo incluí entre ellas un reloj— tenía un sentido casi exacto de la hora). La llegada de Fidel me despertó. Se escuchaba el insistente y monocorde "runrun" de los comentarios a media voz.

Me levanté y me acerqué a Fidel. "Guajiro, ¿estás bien?, me preguntó. Creo que le dije que sí. Sudaba bastante y la casa se había hecho más estrecha: Había dentro de ella treinta y cinco hombres más o menos.

Cuando Fidel entró por segunda vez, yo había terminado de ponerme mi uniforme. Me quedaba un poco estrecho. Serían las tres y media de la madrugada. Alguien dijo que se acercaba la hora. Fidel pidió la atención de todos y comenzó a explicar su plan, que yo desconocía: Nuestros hombres se dividirían en tres grupos comandados por Raúl, Abel Santamaría y el propio Fidel.

En este último grupo me encontraba yo. Nuestro objetivo era tomar el Cuartel Moncada. Minutos después, me vi con un rifle entre las manos, cuyo manejo no conocía perfectamente. Me introduje en una máquina junto con cuatro compañeros más. En el asiento delantero iban Héctor de Armas, manejando, y a su lado Carlos Bustillo, a quien decíamos "Chungo". En el asiento de atrás, yo junto a dos hombres que sólo habia visto dos o tres veces anteriormente.

Durante el viaje perdí completamente la noción del tiempo. No podría asegurar si la travesía duró diez minutos o diez horas. Sólo retorné a la realidad cuando escuché los primeros disparos. Me imagino que estábamos a unos veinte metros del cuartel.

Las máquinas que nos precedían habían detenido la marcha. Sus ocupantes bajaban a tierra y algunos penetraban ya en el cuartel.

A cada segundo el tiroteo se intensificaba. Nosotros también abandonamos nuestra máquina, menos Héctor de Armas. No lo vi más.

Tratamos de acercarnos a la entrada del cuartel, y cuando casi llegábamos, los hombres que antes habían penetrado, retrocedían. La confusión era tremenda. Se escuchaban voces de que todo estaba perdido.

Yo y dos compañeros más, corrimos hasta un sitio cercano donde enterramos nuestros rifles, porque según se había dicho, podía comprometernos. Entonces vi una pistola que alguien había dejado abandonada. La tomé y me la coloqué en la cintura.

El tiempo que demoré en tomar la pistola, fué el necesario para quedarme completamente sólo. Corrí en cualquier dirección, tratando de alejarme del cuartel. Me detuve en un garaje, escondiéndome detrás de unas máquinas.

Casi terminaba de amanecer cuando, temiendo que pudieran descubrirme, me acerqué a un muchacho que, sin duda alguna, trabajaba en el garaje. Le pregunté dónde podía conseguir una máquina de alquiler, y él me contestó que a aquella hora era casi imposible. Sin embargo, en sus ojos vi la decisión firme de ayudarme: Me ofreció una camisa que cambié por la mía, y, después que pasaron varios camiones repletos de soldados, me trasladó en un jeep hasta lo que yo supongo eran las afueras de la ciudad. No se produjo ni la más breve conversación en todo el viaje. Sólo cuando me dejó en la carretera, dibujó una leve sonrisa y me deseó buena suerte.

Todavía entonces estaba desorientado. Bajé hasta un bohío que se levantaba a la orilla de la carretera, con el objeto de enterarme cómo podría regresar a La Habana.

Me recibió un moreno alto a quien pedí un vaso de agua. El hombre también me brindó café. Cuando terminaba el vaso de agua, salió del bohío un hombre joven que me dijo con toda intención: "Hace falta echarle agua a la barriga, porque la *paila está caliente*". Yo lo entendí perfectamente y tratando de desviar la conversación, pregunté si conocían a una Juana inexistente que debía vivir por allí. El moreno me contestó que por allí no conocía a ninguna Juana.

Subí de nuevo a la carretera sin saber qué hacer, ni dónde ir. Pasaron varias máquinas y les hice señas, hasta que una se detuvo. En ella, iban dos hombres con batas de médicos, un sargento y el chofer. Se notaba a primera vista que regresaban de una fiesta donde los tragos no habían faltado.

Me preguntaron dónde iba, y yo les respondí que estaba de fiesta, que donde quiera que me dejaran me venía bien. Todavía entonces, no habían comenzado los registros. La carretera estaba llena de curvas. En una de ellas, el carro se desvió para tomar por un entronque. Yo les pedí que me dejaran porque tenía intenciones de seguir derecho. Los hombres me saludaron levantando una botella de cognac, mientras se alejaban.

Me ví de nuevo en la carretera sin saber qué rumbo tomar. Pasó una guagua y la detuve. También se desvió por otro entronque y me ví precisado a abandonarla. Supongo que había adelantado unos veinte o quince minutos en el viaje.

Después pasaron dos guaguas más que deje ir, haciéndole señas a la tercera. Cuando subí al ómnibus, ví dos caras conocidas. Eran dos compañeros de Bejucal que habían tomado parte en el ataque. Me sentí aliviado.

En aquel ómnibus llegamos hasta Matanzas. Hubo dos o tres paradas durante el viaje, pero a petición de varios soldados y marineros que hacían la travesía con nosotros, no se produjo registro alguno.

En Matanzas reunimos todo el dinero que teníamos encima y tomamos el ómnibus que nos llevaría, definitivamente, a La Habana.

El resto de aquel 26 de Julio de 1953, lo pasé tratando de dormir en el incómodo asiento del ómnibus.

Una semana después, el lunes 3 de agosto, el SIM tocaba a la puerta de mi casa, preguntando si allí vivía Generoso Reinaldo Llanes Machado.

RELATO DE UNO DE LOS DE BAYAMO

Conocia a Fidel Castro desde hacía muchos años, cuando ambos comenzábamos en las luchas estudiantiles. Después, Cuando Fidel era dirigente de la Juventud Ortodoxa, volvimos a luchar juntos. Por entonces fue que se empezó a gestar el ataque del 26 de Julio de 1953. Por entonces Fidel comenzó a organizarnos y a llevarnos a una finca en Artemisa, propiedad de un pariente suyo, para hacer prácticas de tiro. Ninguno de nosotros sabía exactamente para qué se nos preparaba, pero todos teníamos un gran entusiasmo y unas ganas enormes de derrocar al dictador Batista. Después se comenzó a hablar de una insurrección pero sin precisar lugar ni fecha. Esto fue en los primeros días de julio. Para el día 20 ya empezaron a salir algunos compañeros rumbo a Oriente. Ya por entonces yo sabía que iba a atacar, junto con 24 compañeros, el cuartel del ejército de Bayamo, al mismo tiempo que Fidel y otros compañeros irían a atacar el cuartel Moncada en Santiago. Yo salí para Bayamo el 22. El compañero Gerardo Pérez Poey había alquilado una antigua posada, que estaba a dos cuadras del cuartel, con el pretexto de que iba a organizar allí un gran negocio de cría de pollos. El 25 a las nueve de la noche estábamos todos allí y empezamos a distribuir los uniformes y las armas que traíamos.

Estábamos nerviosos pero el ánimo general era bueno. A las dos y veinte de la mañana del 26 llegó Fidel y dio las últimas órdenes. El ataque se haría a las cuatro y cuarenta de la mañana. Ya por entonces el dueño de la posada se había dado cuenta de todo pues entró y nos vió vestidos con los uniformes. Uno de nosotros le dijo que éramos agentes del SIM y que habíamos venido a realizar una investigación en el cuartel, pero la historia no progresó y terminamos diciéndole la verdad. Por supuesto, nos hicimos el propósito también de no dejarlo salir del lugar y empezamos a darle de beber de las bebidas que había llevado el compañero Gerardo Pérez Poey, para aparentar que era un rico industrial. Un poco antes del ataque descubrimos que cinco compañeros se habían escapado por una de las puertas de atrás de la posada. Por desgracia para ellos unas horas después el ejército los encontró en Bueycito y los ahorcó. A última hora decidimos, que el ataque principal lo íbamos a hacer por la parte de atrás del cuartel porque había más posibilidades de entrar, siempre que pudiéramos cortar las dos cercas de alambre que resguardaban la entrada por allí.

Por fin a las 4:40 en punto salimos de la casa hacia el cuartel en los automóviles que habíamos alquilado en La Habana. (Esto después fue utilizado por la policía, pues varios de los compañeros que alquilaron los automóviles dieron nombre, dirección y número de la cartera dactilar. Una indiscreción dictada por nuestra inexperiencia). Cuando llegamos al cuartel ya había varios soldados despiertos. Por el patio divisamos dos o tres y en la caballeriza había uno que en cuanto comenzó el tiroteo corrió a resguardarse. Debido a nuestro nervosismo e inexperiencia nunca pudimos cortar las cercas de alambre ni penetrar en el cuartel. Además, en cuanto sonaron los primeros tiros los soldados se despertaron y empezaron a tirarnos. Ellos estaban bien resguardados y en la sombra, y nosotros por el contrario en pleno campo y con solo unos postes para escondernos. De ellos solo veíamos la luz de los disparos y oíamos los gritos y las órdenes. Así estuvimos ocho o diez minutos, hasta que hirieron en el muslo a Pérez Poey. Entonces sentimos pánico, debido de nuevo a nuestra inexperiencia, y nos replegamos hacia los automóviles. Nos repartimos en varios grupos. Algunos fuimos hacia el monte (nosotros éramos cuatro incluyendo al herido), y otros se quedaron en la ciudad, como el compañero Mario Martínez Ararrá que murió en una alcantarilla abatido a balazos por el ejército; o el compañero Mario Martinez que se refugió en un ómnibus con la idea de venir hacia La Habana y fue delatado por el chofer del ómnibus y balaceado allí mismo. Según me cuentan en el momento de morir este compañero dijo, cuando le preguntaron que quién era el responsable de la insurrección: "El responsable de está revolución es José Martí". En el monte estuvimos con el herido 19 días. Es curioso porque, sin que recibiera ayuda médica de ninguna clase, la herida al cuarto o quinto día dejó de sangrar y a mejorar notablemente, a pesar de que la bala había atravesado todo el muslo. Quiero hacer constar que sin la ayuda de los campesinos de esa zona de Bayamo no hubiéramos podido subsistir, pues el ejército nos seguía las huellas y estábamos cansados, hambrientos y muy nerviosos, como era lógico. Especialmente recuerdo al campesino Tomás Corona que nos dio albergue en su casa y después caminó cerca de dos días con nosotros. Por fin nos fuimos dispersando y yo logré llegar a Camagüey donde me escondí en casa de un amigo hasta el 4 de septiembre que vine para La Habana para continuar la lucha. No tengo cifras exactas pero creo que del grupo de 25 que fue a atacar el cuartel de Bayamo sólo nos salvamos unos diez.

RELATO DE UN PERIODISTA SANTIAGUERO

Mi hermano me despertó al sentir el tiroteo. Era entre seis y siete de la mañana. Me visto y corremos para casa de Nilda. De ahí vamos para la Cadena Oriental de Radio donde yo trabajaba. Por el camino nos encontramos con unos ex oficiales del Ejército, que nos preguntan por el tiroteo. Les decimos lo que sabemos.

Nos quedamos en la emisora buscando la noticia, pero es inútil pues ha llegado la orden de un oficial prohibiendo dar o recibir noticias. En ese momento llega un cabo del ejército (antiguo condiscípulo mío) y me dice que tiene órdenes de custodiar la emisora. Está sumamente nervioso; me dice que acaba de presenciar parte de la acción en el Cuartel, pues al escuchar los primeros tiros se vistió corriendo y se fue para el Moncada. Insiste en que lo visto por él es lo más horrible. Así me cuenta que al llegar al Moncada recibió una ráfaga de ametralladora. Es que los soldados les disparaban a sus propios compañeros, pues creían que éstos venían a liquidarlos. También me cuenta que el oficial médico Fereau, en compañía de su hermano venía corriendo hacia el Cuartel y que él vió cómo se lo llevaba por delante otra ráfaga de ametralladora. Entonces el cabo me explicó que los soldados habían tomado la ametralladora Cincuenta y con ella dominaban las posiciones desde la azotea del Moncada. También nos confirmó la versión de que los soldados se creían atacados por sus propios compañeros. (Horas más tarde sabríamos que los rebeldes habían tenido la idea de vestir el uniforme del Ejército para así facilitar la entrada en el Moncada).

Por la tarde nos mandaron un recado desde el Moncada para una conferencia de prensa. Lo primero que vimos al llegar al Cuartel fue a varios muchachos rebeldes tirados por el suelo en distintas posiciones, con la cara destrozada a balazos y culatazos. Estaban allí como puestos a propósito. Se decía que a muchos de ellos los coparon en la barbería del Cuartel y que los habían matado indefensos. Entre los muertos reconocí a Guitart, tan desfigurado que sólo se le reconocía por una de esas manchas de la cara llamadas "de luna" que él tenía de nacimiento. Nos recibieron Río Chaviano y Cowley.

Se desataron en improperios y dijeron que los rebeldes eran nada más que unos bandidos. Más tarde se comentaba entre los periodistas que cuando se produjo el ataque al Moncada Chaviano estaba en una fiesta, completamente endrogado, y que no tuvo valor de afrontar la situación, haciéndolo por él el Capitán Izquierdo, que fue, finalmente, quien entró al Cuartel. Un detalle interesante es que no se nos permitió ver a los soldados muertos.

También hubo acciones aisladas en distintos sitios de la ciudad. Esto se produjo como consecuencia de la dispersión del núcleo rebelde. Por ejemplo, dos muchachos rebeldes se refugiaron en el Hospital Militar y fueron protegidos por el Capitán Médico Tamayo, quien evitó enérgicamente que fueran sacados de allí por un cabo del ejército.

También en la Colonia Española se refugiaron tres jóvenes. Uno de ellos fue ultimado junto a una cerca de alambre de púas; el segundo fue copado en un pasillo de la Colonia, pero el tercero tuvo la suerte de que el médico Posada lo metiera en la sala de operaciones y no permitió que se lo llevaran.

Por el lado de Siboney esa noche el ejército continuaba capturando a los rebeldes. En El Caney un compañero nuestro llamado Ferrer Luque reportó en el cementerio de ese pueblo seis cadáveres salvajemente mutilados.

Otros detalles de interés: un amigo me contó esa noche que como a las seis de la mañana entraba en Santiago en su jeep, y que al ir a embocar un puente vió que por el otro extremo se disponía a cruzar una caravana de autos. Mi amigo, viendo que se iba a demorar si los autos pasaban primero, se metió en el puente, lo cual le valió protestas del grupo de hombres que venían en las máquinas. Más tarde supo que esos hombres eran Fidel y su gente que habiéndoseles hecho un poco tarde querían entrar en Santiago a tiempo.

Días antes del asalto nosotros notamos que en una casa situada en la calle Celda esquina a Trocha, precisamente al lado de mi esposa, había movimientos sospechosos. Allí se habían mudado recientemente varios jóvenes. Después supimos que de esa casa partían los rebeldes que iban para la finca San Pedrito, cuartel general de Fidel Castro.

El final de todo fue cuando por la noche el Ejército llevó por Enramada a los muchachos rebeldes muertos puestos en rastras, con los brazos y las piernas colgando hacia afuera, metidos en cajas de pino.

26 de JULIO

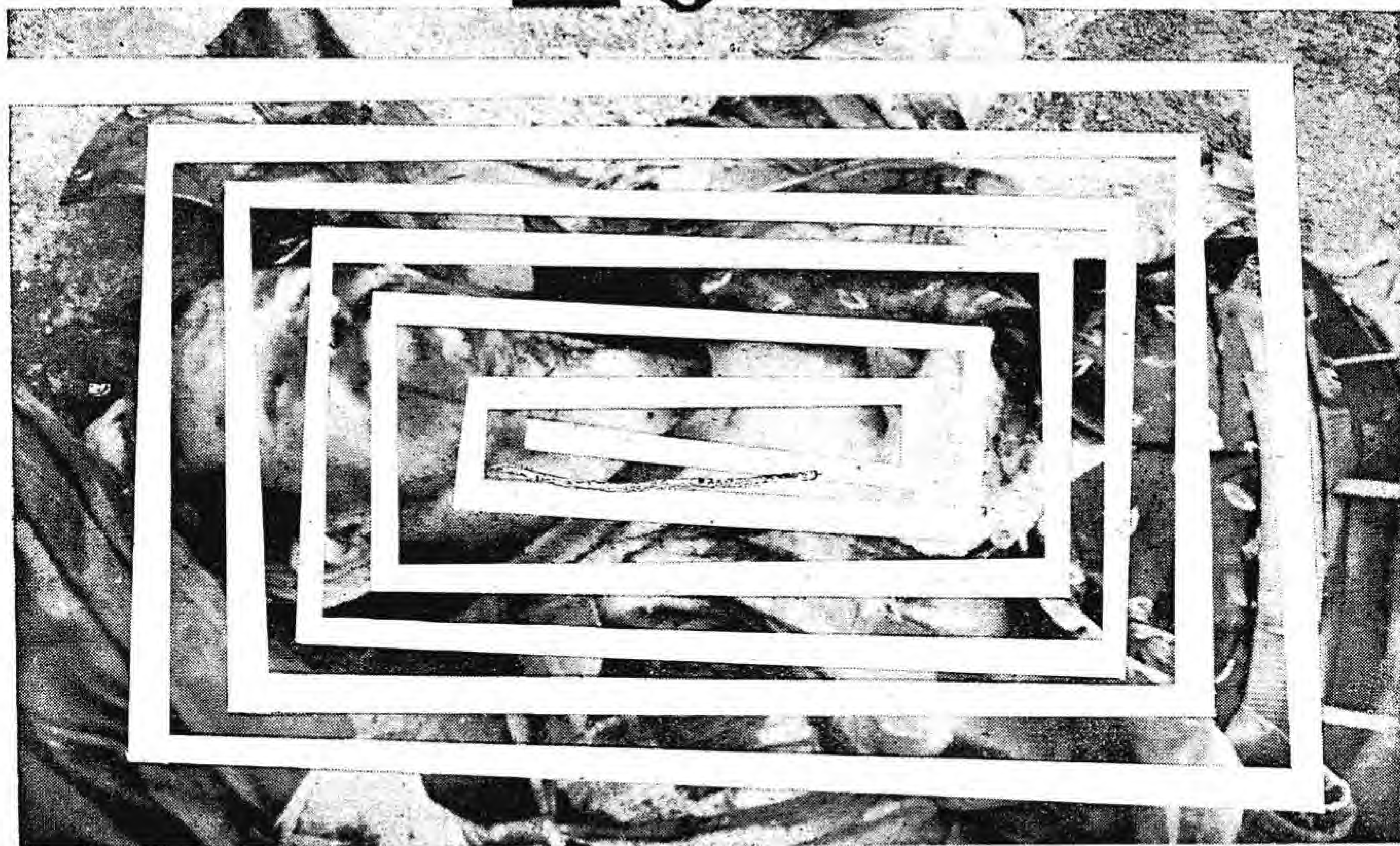
26 DE JULIO

JULIO

de JULIO

26

de julio



26 DE JULIO

26 de julio

Ni la tinta, ni el agua, ni el fuego, ni la tierra pueden llorar las lágrimas del pueblo —las flores no bastan para hacer vuestra gloria. El pueblo las pone con las manos abiertas sobre el metal y la madera. El rito del nacer y el morir de una fecha os recuerda, mas sóis el movimiento de una vida a nuestro pesar inmolada, que atraviesa las venas de nuestra materia, de alegría. Vosotros sóis los héroes; los que llenan el corazón de los dioses del pueblo. No hablamos de la muerte. Hablamos de la vida, siempre renaciendo. Hablamos de la vida ardiendo entre banderas como la única proclama, como la única patria verdadera sobre esta patria liberada. Nuestra vida de ahora es vuestra vida, nuestra vida de mañana es vuestra vida: entre vosotros y nosotros se interpone un himno de combate, el horizonte tremendo de la gloria.

5	10	15	20	$1.00	Conserve Este Boletín

Caya o	6	E. Palacios	72	P. del Río
Guan jay		Guacamay.		P. Viejo
Nazai no	12	Carabelas	78	P. S. Juan
Blanc izal		S. Domingo		E. Pilotos
Instit to	18	E. Fierro	84	Jagua
Ceib	24	Sta. Teresa	90	C. del Sur
Guay bal		Sta. Cruz		A. Ocuje
Ent. (aay.	30	M. Jobo	96	Sta. Clara
Caim o	36	S. Cristóbal	102	Herradura
Anál		Yaguasa		Corralitos
BAU A	42	Candelaria	108	L. Candel.
Erner na	48	Bayate		J. García
P. Br s		M. Dulce		San Diego
G. G len	54	P. Nuevo	114	E. P. Real
A. A na	60	Mangas		P. García
Coro la		Portugués	120	P. Real
Lisa	66	ARTEMISA		P. Quemado
HAB JA	•	[illegible]	•	Los Palacios
		Porvenir		

B. TADO	½ PASAJE	Bonificado

O ALIADOS ★ RUTAS 35 Y 48

K

Nº 39825 992

Muchos revolucionarios eran nativos de Artemisa.

la revolución es la patria verdadera

RELATO DE UN SANTIAGUERO

El tiroteo del amanecer sorprendió a todos cuantos lo escucharon. Algunos no se explicaban por qué los fuegos artificiales y los cohetes comenzaban tan de mañana. Otros no tuvieron tiempo de desvestirse, de regreso de las últimas escaramuzas musicales. En realidad los tiros iniciales bien podrían resultar cohetes carnavalescos para muchos cerebros embotados de conga y ron. Pero el tableteo acompasado que siguío a los primeros disparos, hizo percatarse a algunos de que se trataba de algo así como disparos de ametralladoras. Luego el estampido seco y continuado de los morteros demostró que algo grave pasaba al margen de Santa Cristina, Santiago y Santa Ana. Unicamente aquéllos incapaces de dominar el cansancio de varios días de arrolladera y alcohol, no se pusieron en pie para indagar la causa de aquella inesperada situación.

La incógnita comenzó a despejarse cuando lecheros y choferes de ómnibus madrugadores comenzaron a informar a los vecinos despavoridos: —"Es en Moncada. Los guardias se fajan entre sí..." Y otro: "He contado ya catorce cadáveres en Garzón, frente al Hospital". Alguien incluso llegó a afirmar que los atacantes le daban vivas a Pedraza.

Los timbres de los teléfonos comenzaron a sonar ininterrumpidamente. Los familiares se llamaban entre sí. Los vecinos de la zona militar no dominados por el pánico que pudieron llegar al centro, describían los gritos de horror y las imprecaciones que salían de las murallas del regimiento. Muchos fueron desalojados de sus casas, cuando la soldadesca se replegó hacia ellas huyendo de los asaltantes; o buscando posiciones desde las cuales foguear los sectores dominados por los rebeldes.

Algunos líderes estudiantiles entrevieron la posibilidad de influir sobre aquellos que parecían haberse rebelado, e intentaron acercarse al escenario de la lucha, tratando de

ganar la clínica "Los Angeles" o el Hospital Civil. Razonaba alguno de ellos que si se trataba de una rebelión militar contra Batista, podría ser aprovechada para restablecer por lo menos el régimen constitucional. Los que lograron avanzar más en medio de las calles desoladas y llegar incluso a la zona de Garzón cercana a la Carretera Central, pudieron contemplar cómo algunos vecinos que al disminuir la balacera se aventuraban a recoger heridos para ser conducidos a los hospitales, eran asesinados en medio de la calle por un jeep sobre el que se había montado una ametralladora treinta en su trípode, accionada por miembros del ejército de Batista.

Percatándose los mismos que habían sido observados en su hazaña por varios curiosos; algunos de los cuales resultaron ser los estudiantes deseosos de acercarse al vórtice del ciclón, los persiguieron hasta la plaza de Marte (Parque de la Libertad), donde les hicieron repetidas descargas con ráfagas de la treinta, siendo heridos algunos choferes de la piquera existente frente al café "La Iris".

La osadía de algunos vecinos que abrieron las puertas de sus casas a los perseguidos, evitó que la matanza se consumara. Pero ya la jauría había dominado a sus atacantes y se desbordaba por la ciudad. Intimando a cerrar puertas y ventanas, a desalojar las azoteas, a registrar hogares y a buscar con furia homicida, a todo aquél enemigo político con quien se tuviera una deuda que saldar.

Así sorprendieron al viejo luchador antimachadista y antibatistiano, expedicionario de Cayo Confites, el Niño Cala, que lo asesinaron por el solo hecho de haberse tropezado con él.

Un viajante de medicina, que en el apuro de tomar el ómnibus de la Ruta 80 que partía al amanecer para La Habana, se produjo una herida en la cara con la cuchilla de afeitar y dejó en la maleta la toalla con que contuviera la salida de la sangre, al ser registrado y tener en su poder una prenda tan comprometedora como una toalla manchada de sangre, fue bajado del ómnibus a pura fuerza. Luego apareció entre la lista de los muertos asaltantes de la posta tres.

Un ingeniero cubano de la Nicaro de apellido Soler, que al ser registrado otro ómnibus detenido por la refriega a punto de partir, usaba unos pantalones kaki de los llevados por los soldados norteamericanos, fue a dar con sus huesos a las mazmorras del Moncada, y a pesar de identificarse plenamente, sólo la intervención oportuna de la embajada yanqui, con la que tenía muy buenas relaciones, evitó su muerte en la orgía de sangre que siguió al frustrado asalto.

Por vez primera desde el machadato un escalofrío de terror recorrió la vieja ciudad de Cortés y Velazquez. Jeeps que se deslizaban como ofidios en busca de las supuestas presas. Microondas color tabaco que se iniciaban ya en aquel andar terrífico que desde entonces y hasta los últimos días de diciembre del 58 azotara la ciudad. Camiones cargados de tropas recorriendo las calles, reforzando las postas de los bancos; asaltando los terminales de ómnibus, registrando las salidas del ferrocarril, ocupando centros de enseñanza, estaciones de radio y periódicos. Las estaciones de radio se vieron obligadas a transmitir música popular durante todo el día, mientras un hálito de terror recorría el espinazo de la ciudad, y ni un solo comercial ni un solo flash que explicara lo que acontecía, interrumpiera el interminable desfile, de danzones, guarachas y boleros.

Por fin al anochecer se autorizó una edición especial de los periódicos santiagueros con la nota oficial y algunas fotos de lo ocurrido. A esta misma hora el Coronel Chaviano, luego promovido a general, informaba a la ciudadanía del frustrado asalto al cuartel Moncada y el de Bayamo, por una tropa suicida comandada por el líder estudiantil y de la ortodoxia chibasista, el abogado Fidel Castro, cuyo nombre era conocido de los grupos revolucionarios habaneros por su participación en las contiendas de la Colina, y por haber despuntado como fogoso orador en el en-

ferro de Chibás, arengando a la masas a marchar sobre Palacio. Se daba una lista de militares y asaltantes muertos. Se anunciaba de la presencia del General Díaz Tamayo, como emisario del Estado Mayor; se proclamaba la organización de una fuerza persecutora de asaltantes dispersos por la zona de Siboney, al mando del Comandante Pérez Chaumont; y como corolario de todo esto, la felicitación recibida por la victoria del "honorable señor presidente de la República" y demás prohombres de la tiranía.

En los hogares santiagueros la actividad era otra. Ya se circulaban nombres de detenidos y perseguidos. Ya se recomendaba a todo aquel que tuviese alguna relevancia política o de liderazgo estudiantil que cambiara de domicilio y se escondiera. Ya se corría por las auriculares la muerte del Niño Cala. Y lo que es más importante aún: algunos hogares santiagueros pedían ayuda a sus amigos y vecinos para proteger y librar de las fieras homicidas que registraban la ciudad, a algunos combatientes refugiados en ellos; lo que resultó un saludable ensayo de lo que se practicaría con metodo eficaz luego, durante los años de terror de la guerra civil.

A la tarde siguió la noche más espantosa conocida por Santiago de Cuba. Los gritos de los torturados, las imprecaciones de la soldadesca, la descarga cerrada de los piquetes de fusilamiento dentro de los muros del "Moncada", hicieron de las horas nocturnas del 26 de Julio y la madrugada del 27, las más angustiosas y terribles que recuerdan los vecinos traumatizados de la zona militar.

Luego aquel espectáculo se hizo habitual y cotidiano. Díaz Tamayo llevaba la orden de Batista y Tabernilla: los revolucionarios muertos tenían que multiplicar la cifra de los soldados muertos en campaña. Y como el número de los fidelistas muertos en el asalto fue menor que el de los soldados de la tiranía, la venganza funcionó varios días, hasta que la sed de las bestias se apaciguara por el momento, y la opinión pública a través de sus representantes de entonces exigiera un alto en la macabra situación.

Por fin circuló la noticia de la captura de Fidel. La soldadesca y sus falderillos políticos y periodísticos hicieron rodar la especie de que había sido capturado en una iglesia. En realidad lo fue en la montaña en que intentara iniciar la lucha de la Sierra Maestra que luego lo inmortalizara.

Su conducción directa al vivac y la entrevista que se le hiciera inmediatamente allí, le salvaron la vida. Cuentan sin embargo que con el pretexto de ser conducido a la cárcel de Boniato se le internó en la guarida de los chacales del Regimiento, donde intentó dársele muerte de todas maneras. Fidel se irguió viril frente a sus presuntos asesinos. Su hermano Raúl le conminó a morir con la entereza de un patriota y un valiente. Pero los monstruos tuvieron un minuto de lucidez.

Por la calle de Jagüey, que muere en la de Aguilera, a la vera precisamente del vivac municipal y contra el tráfico, un cordón de microondas, jeeps y otros autos escoltaron un carro celular que conducía los sobrevivientes del asalto del "Moncada", primero al regimiento y luego a las prisiones de Boniato.

RELATO DE UN CARICATURISTA

El día 25 celebré mi santo me acosté de madrugada sin notar nada especial en el ambiente. No recuerdo qué hora era cuando mi madre me despertó. Vivíamos en la calle Hernán Cortes, a unas diez cuadras del Moncada. Al asomarnos a la puerta de la calle vimos los fogonazos de los disparos en el Cuartel.

Con el sueño sin haberse todavía disipado completamente contemplamos el espectáculo. El hecho de estar en carnaval nos hizo suponer que se estaba celebrando algo. Pero de repente vi soldados a medio vestir que salían de sus casas hacia el Moncada, y cuando tres de ellos cayeron muertos antes de alcanzar el Cuartel nos dimos cuenta de que aquello no era ninguna fiesta.

Todos los faroles próximos al Cuartel estaban apagados y sólo se veían sombras. Entonces nos quedamos desconcertados sin saber qué pasaba realmente. Los disparos fueron menguando. Después nada, sólo algunos disparos aislados. No sé qué hora sería cuando cesaron; pero el tiempo transcurrido me pareció largo e intenso.

El pueblo deambulaba por las calles con noticias en los labios; noticias precipitadas en las cuales se detectaba una inseguridad en la verdad que trasmitían. Se decía primeramente que parte de la tropa se había sublevado. Esto parecía lo más lógico y se lo creían hasta los que inventaron la noticia. Quizás el hecho de que los asaltantes vistieran uniformes contribuyera a esta versión; pero no lo creo, porque mi impresión es que nadie sabía lo que estaba pasando y una sublevación por parte de la tropa era lo más plausible de imaginar.

Después de cesar el fuego supimos que los soldados registraban casas en el Reparto Sueño, al otro extremo del lugar donde me encontraba, debido a que, según se afirmaba, los asaltantes alquilaron casas desde las cuales dispararon hacia el Cuartel.

Los comentarios estaban encontrados. Algunos criticaron el hecho por motivos egoistas, según creo, pues se sintieron defraudados en los carnavales y no alcanzaron a vislumbrar la magnitud del hecho. Mi abuela era de esta opinión, quizás por ser vieja y conservadora; yo, en cambio, tenía diecisiete años y me alegraba de lo que estaba pasando y así lo manifesté. Se me dijo que no sabía nada de política. Después el tiempo me dió la razón y los mismos que me criticaban cambiaron de opinión cuando leyeron "La Historia me absolverá". (Como cosa aparte doy el dato de que de este libro no creo que pasaran de siete los ejemplares que llegaron a Santiago y se pasaron de mano en mano para ser leídos. Este libro hizo mucho por la causa de Fidel en el pueblo).

Siguieron corriendo las noticias. Se decía que se combatía en la loma del Escandel; que allí Fidel y Raúl estaban atrincherados, porque ya se sabía el nombre de nuestro líder.

A la mañana siguiente se escucharon muchos disparos en el Cuartel. La gente salía a las calles tratando de acercarse al lugar de los hechos para averiguar y se decía que los soldados estaban nerviosos y que disparaban antes de dar el alto. Parte de esto era cierto, pero la verdad era que estaban asesinando a los prisioneros. Esto provocó una ola de indignación que fue propicia para la causa de Fidel: porque a pesar de estar ajeno el pueblo al asalto al Moncada reaccionó cívicamente, al sentir el hecho real de la brutalidad de la dictadura. Creo que fué allí que todos sentimos que estábamos gobernados por asesinos.

En verdad nada se sabía en Santiago del audaz golpe de Fidel Castro. El mismo Juan Nuiry, que conocía a Fidel de la Universidad y que acababa de llegar a Santiago desde La Habana, fue cogido por sorpresa, según me dijo tiempo después en la Sierra, y huyó a Palma Soriano donde se le arrestó por sospecha.

Cuando se celebró el juicio de Fidel, que a pesar de ser privado algunos pudieron asistir, fué que se comprendió toda la razón del suceso al proyectarse allí la ideología y moral de Fidel Castro. Para mí el Moncada cristalizó el espíritu de rebeldía contra Batista y dió inicio a la verdadera lucha revolucionaria.

RELATO DE LA ESPOSA DE UN PERIODISTA

Vivía en la calle Luz Caballero, muy lejos del Moncada, en la otra dirección hacia Trocha. Sin embargo me despertaron los tiros como a eso de las siete. Nos habíamos acostado tarde esa noche. Nadie sabía lo que estaba pasando. Nos vestimos rápidamente y fuimos a la Cadena Oriental de Radio en compañía de mi esposo, que trabajaba en esa emisora.

Salimos por Trocha, no había ómnibus; cogimos por Santo Tomás hasta Maceo, desde esa calle se sentía terriblemente la balacera. Caminábamos por el centro de la calle pues pensamos que era más seguro. Seguían diciendo que se trataba de una lucha intestina entre los propios guardias.

La casa de mi madre está en Maceo; allí nadie tampoco sabía nada de fijo. Las plantas de radio habían sido tomadas para evitar que se conociera la verdad de lo que estaba pasando y evitar que el pueblo se sumara a los rebeldes. Más tarde comenzaron a pasar las patrullas con jeeps. Parecían una plaga de insectos.

La lucha cesó como a las once de la mañana. El toque de queda fué decretado inmediatamente. El temor del pueblo era por las represalias: Chaviano tenía fama de sanguinario. Ya empezaba a correr el rumor de ejecuciones sumarias.

En el hospital había habido una masacre. Los enfermos que pudieron escapar se fueron a clínicas privadas. Se remataba a los rebeldes en las mismas camas de los enfermos. Era curioso ver a los enfermos salir despavoridos del hospital, con sus heridas de las operaciones aún frescas.

En un primer momento nadie sabía que Fidel era el jefe del movimiento. Al principio no recordaban ese nombre, pero después se aclaró que eran los Castro de Birán. Todos los kioskos instalados para el carnaval desaparecieron como por arte de magia. Esa noche vimos cómo los soldados paseaban en rastras a los rebeldes muertos por la calle Enramada.

RELATO DE UN MAGISTRADO

El día 25 nos acostamos tarde por ser noche de carnaval. A las seis de la mañana del 26 de Julio comenzaron los primeros disparos que despertaron a la población. Muchos pensaron que se trataba de tardíos festejantes a los cuales el sol sorprendía en plena fiesta; pero la continuidad del fuego disipó esta suposición. Mi mujer se despertó primero alarmada. Traté de calmarla con el tema del carnaval sin lograrlo debido a que las detonaciones aumentaban en frecuencia e intensidad. Me vestí con el propósito de salir a indagar lo que pasaba y me encontré con el espectáculo de una ciudad que parecía una colmena de gentes que bordoneaban saliendo y entrando de las casas comentando e inquiriendo sin saberse nada de lo que ocurría. Por fin el fuego fue localizado en el Moncada y la ciudadanía conjeturó que parte de la guarnición se había sublevado y peleaba con la otra parte. Así era de intenso el barrage de fuego. El hecho de que los asaltantes fueran vestidos con uniformes de tipo militar ayudó a estas conjeturas. Poco después se supo la verdad por esas cosas de que todo se corre y se sabe. No hay que describir lo importante que fue para la población el saber que se asaltaba un cuartel de la dictadura en momentos políticos en que esto se consideraba imposible. No sabíamos qué hacer ni cómo ayudar.

Como a las 9 de la mañana cesó el tiroteo. Entonces comenzaron a salir las fieras, es decir, los soldados cerrando las calles, registrando las casas, porque algunos de los asaltantes se habían refugiado en ellas. Otros ganaron el monte.

La represión fue feroz; increíblemente feroz. Se dio el caso de ser asesinado un viejo por el hecho de haber sido guiterista. Llegado el mediodía la población tenía conocimiento de lo ocurrido. Hubo una sensación... no sé cómo calificarlo... en el pueblo de Santiago de Cuba, rebelde siempre, una sensación que no era otra cosa que el preludio a la alegría del triunfo, pues la lucha contra la tiranía había comenzado.

La preocupación mayor de la ciudadanía en esos momentos no era el fracaso del golpe sino la reacción de la dictadura. Esta reacción se sucedió tal como se esperaba. Los asaltantes iban siendo localizados y asesinados sin piedad. El ejército estaba bien inspirado en estos menesteres por el coronel Chaviano, que a su vez, por si tuvo alguna duda, lo estaba por mandato directo de Batista y Tabernilla.

En las afueras iban apareciendo cadáveres atrozmente balaceados. Se violaron las casas injuriándose a los ciudadanos, de obra tanto como de palabra. Era tan intensa la salvaje conducta del ejército desde un principio que la población calculó que el fin rebasaría todos los límites. Se comenzó entonces la movilización por parte de las instituciones cívicas y la Universidad de Oriente, que solicitaron la mediación del arzobispo Pérez Serantes. Ya se sabía que el jefe del grupo era Fidel Castro y que estaba en el monte. A partir de este momento el pueblo de Santiago de Cuba se da cuenta de que ha surgido un líder que con su hazaña perfila la conciencia revolucionaria de un pueblo eliminando toda posible solución política con la dictadura.

RELATO DEL SOBRINO DE UN PERIODISTA

Aunque el sábado veinticinco había habido paseo de carnaval y comparsas por la noche me fuí temprano para casa. A eso de las seis y media o siete de la mañana me despertaron los tiros. Era una balacera enorme y aunque mi casa está a unas cuadras del Moncada, pude darme cuenta que se trataba de un encuentro de importancia. Mi madre vino y me dijo que era en el Moncada, y que los soldados se estaban fajando entre ellos. No sólo fue ésta la primera versión que corrió por Santiago, sino que los propios soldados creyeron que sus compañeros los atacaban. Entonces supimos que los rebeldes habían tenido la idea de vestir el uniforme del Ejército para de este modo facilitar el acceso al Moncada. El combate cesó sobre las once de la mañana. Para mi familia —y creo que para Santiago todo— esta acción constituyó una completa sorpresa. Serían las cinco de la tarde cuando alguien vino a darnos detalles del aspecto más repugnante e inhumano de esta batalla. Me refiero a la acción en el hospital Saturnino Lora. Muchos de los rebeldes se habían refugiado en uno de los pabellones de dicho hospital. Los soldados del ejército entraron, y a pesar de que los rebeldes se habían acostado en las camas de los enfermos, ametrallaron a unos y a otros. Por último, tarde en la noche presenciamos cómo los cadáveres de los muchachos rebeldes eran bajados por la calle Enramada en rastras.

RELATO DE UNA ENFERMA

El 26 de julio yo estaba en la Colonia Española bajo los efectos de una depresión nerviosa. A las 5 y media de la mañana me despertaron las voces de otras enfermas. Cuando pregunté qué pasaba, me contestaron que había un gran tiroteo en la ciudad. Yo misma pude escuchar entonces el tableteo de las ametralladoras me vestí corriendo y salí a un pasillo para tratar de ver lo que estaba pasando.

Dos horas más tarde empezaron a llegar los médicos para prestar los primeros auxilios a los heridos, que se suponía afluirían a la Colonia. A media mañana llegó el Dr. Posada, Director de la Colonia. Fue un momento de gran tensión, pues el Dr. Posada traía un herido, un joven rebelde llamado Gustavo. (*) Había perdido tanta sangre que los médicos lo cargaron y lo llevaron al salón de operaciones; además tenía alojada una bala en la columna vertebral. Me asomé al asiento del automóvil y pude ver en él el pantalón y los zapatos del herido.

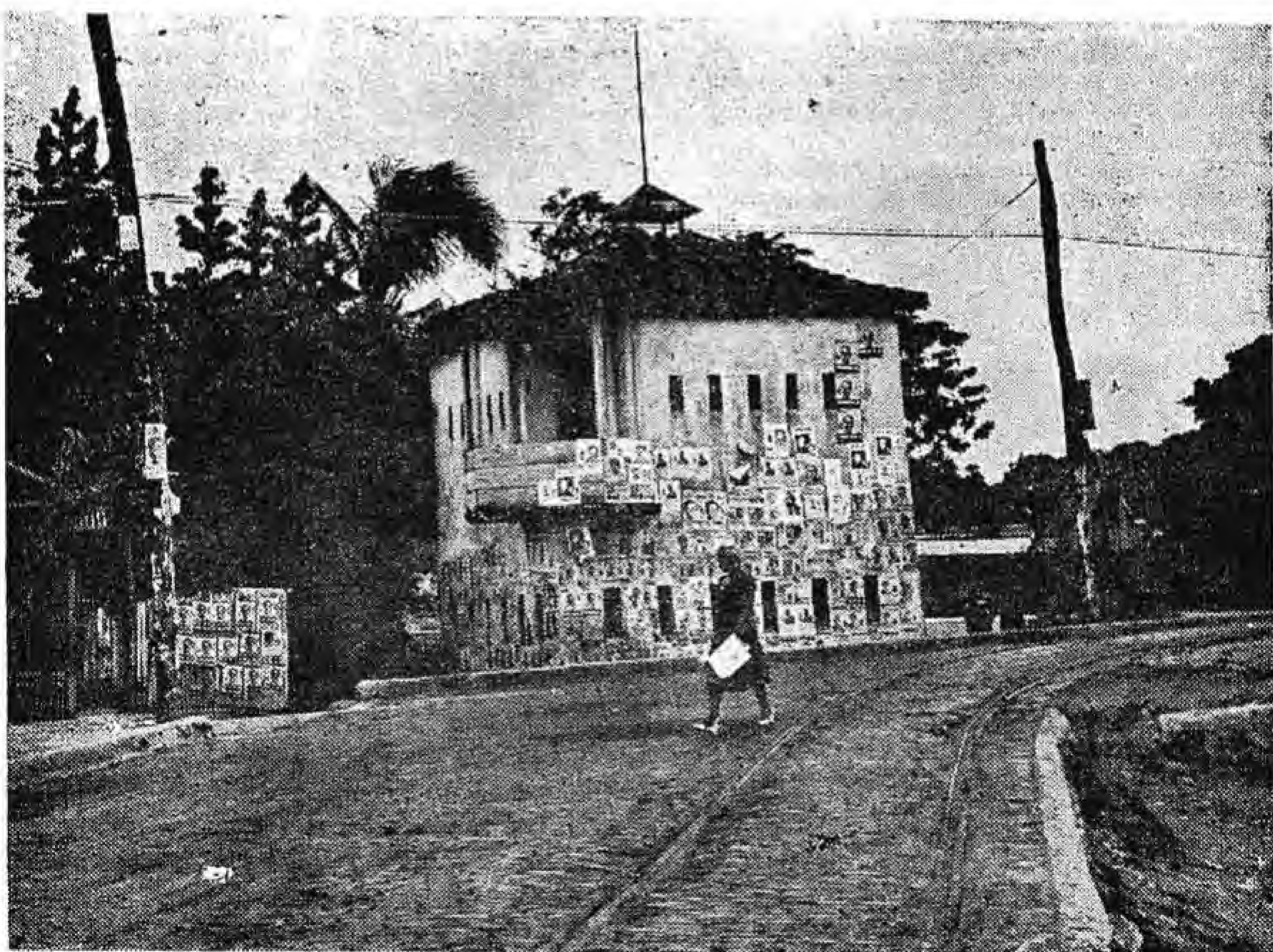
Un poco más tarde llegaron varios jeeps del ejército con soldados armados con ametralladoras, diciendo que venían a buscar a los rebeldes, y sobre todo, a Gustavo. Presencié entonces la discusión que sostuvo el Dr. Posada y otros médicos de la Colonia con un oficial que insistía en llevarse a los heridos a pesar de la gravedad de su estado. El Dr. Posada se opuso y dijo que tendrían que pasar por encima de su cadáver, ya que la ética profesional le impedía entregarlos.

A las cinco y media de la tarde el ejército dió órdenes de cerrar la Colonia y apagar las luces en los pabellones así como situar escoltas en los pasillos. Esta medida se produjo como consecuencia del rumor que corría de que amigos de Gustavo vendrían a rescatarlo. Sobre las seis se produjo cierto pánico, pues muy cerca de la Colonia se escuchó un fuerte tiroteo; se trataba de rebeldes que huían perseguidos por los soldados. Yo estaba tan nerviosa que con esa amenaza de asalto al Sanatorio, no podía dormir y como mi cuarto daba a una ventana, decidí hacerme una trinchera con almohadas.

(*) Se trata de Gustavo Arcos, hoy embajador en Bélgica.

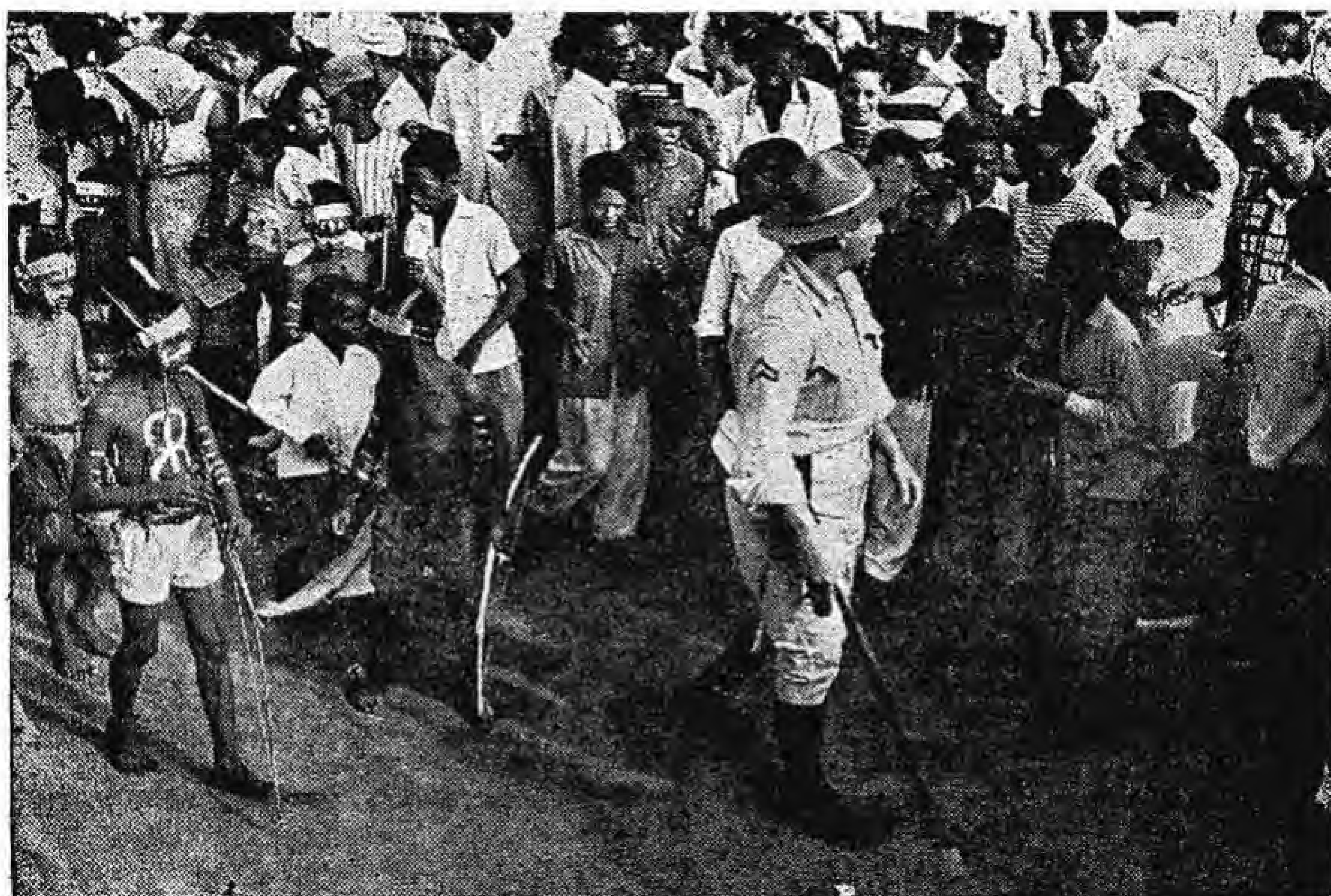


Santiago se disponía a celebrar los carnavales

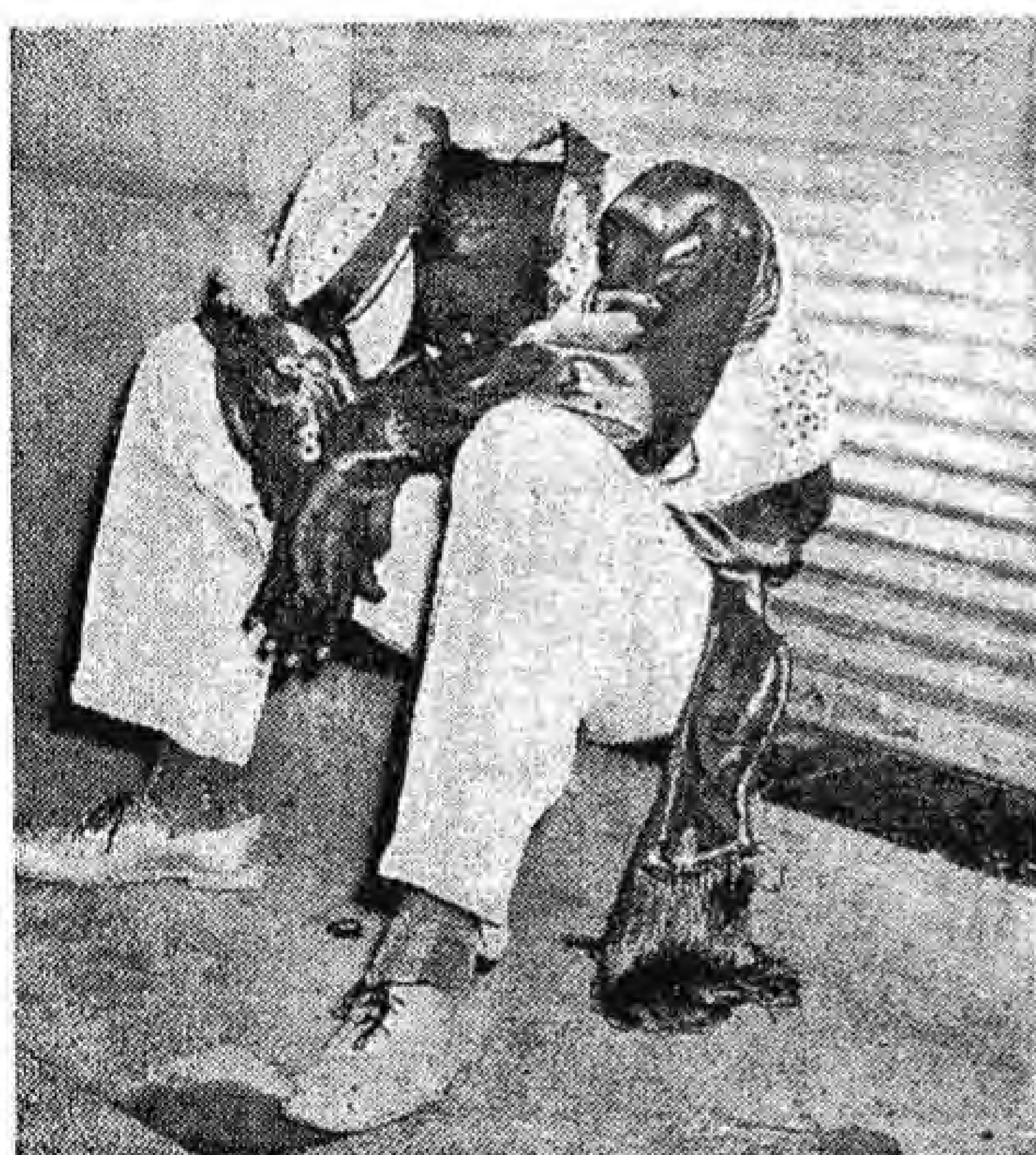


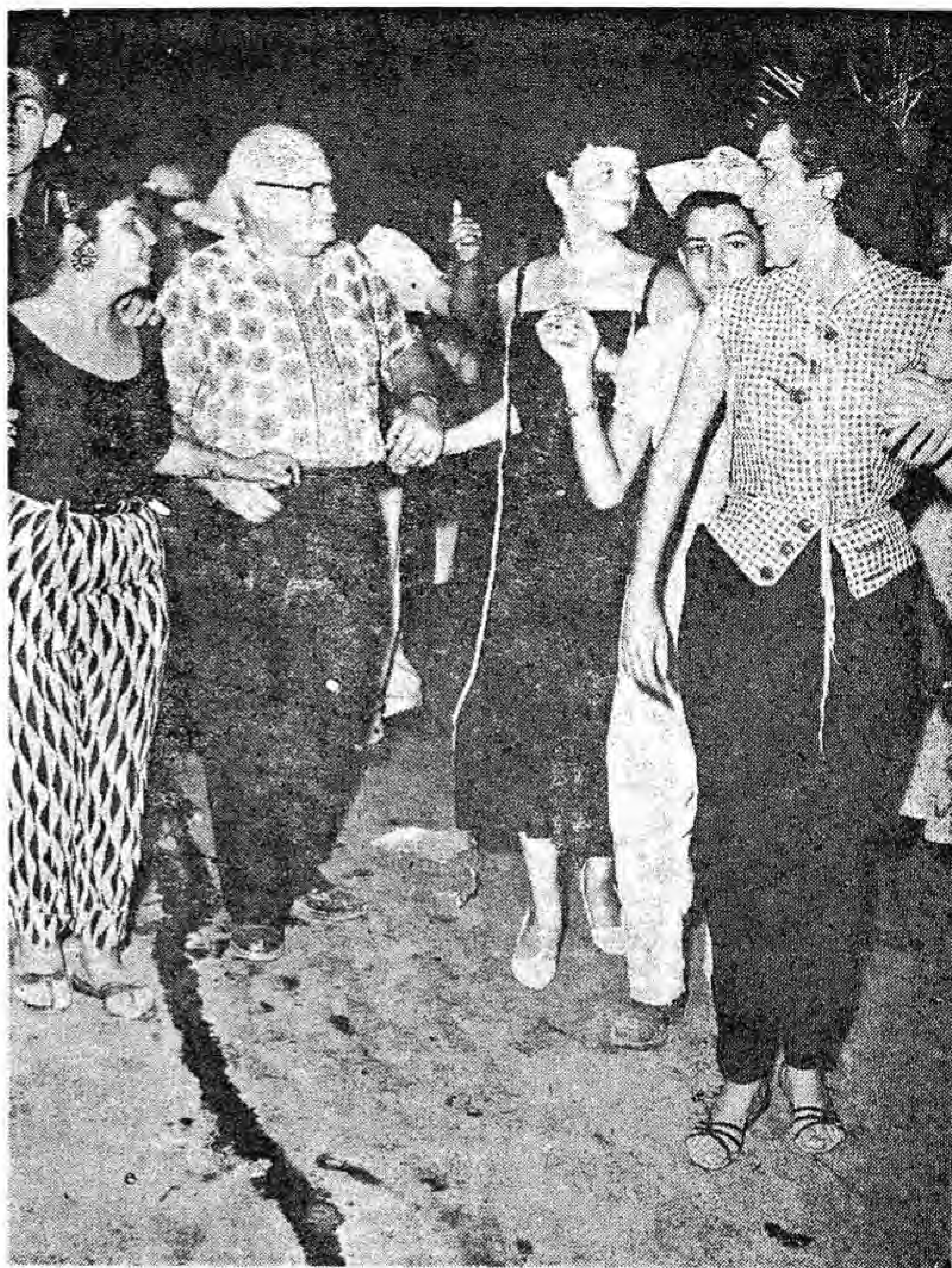
Hay cartelones de los políticos: es carnaval

Los santiagueros fueron obligados a divertirse



El carnaval terminaba cuando comenzó el ataque.

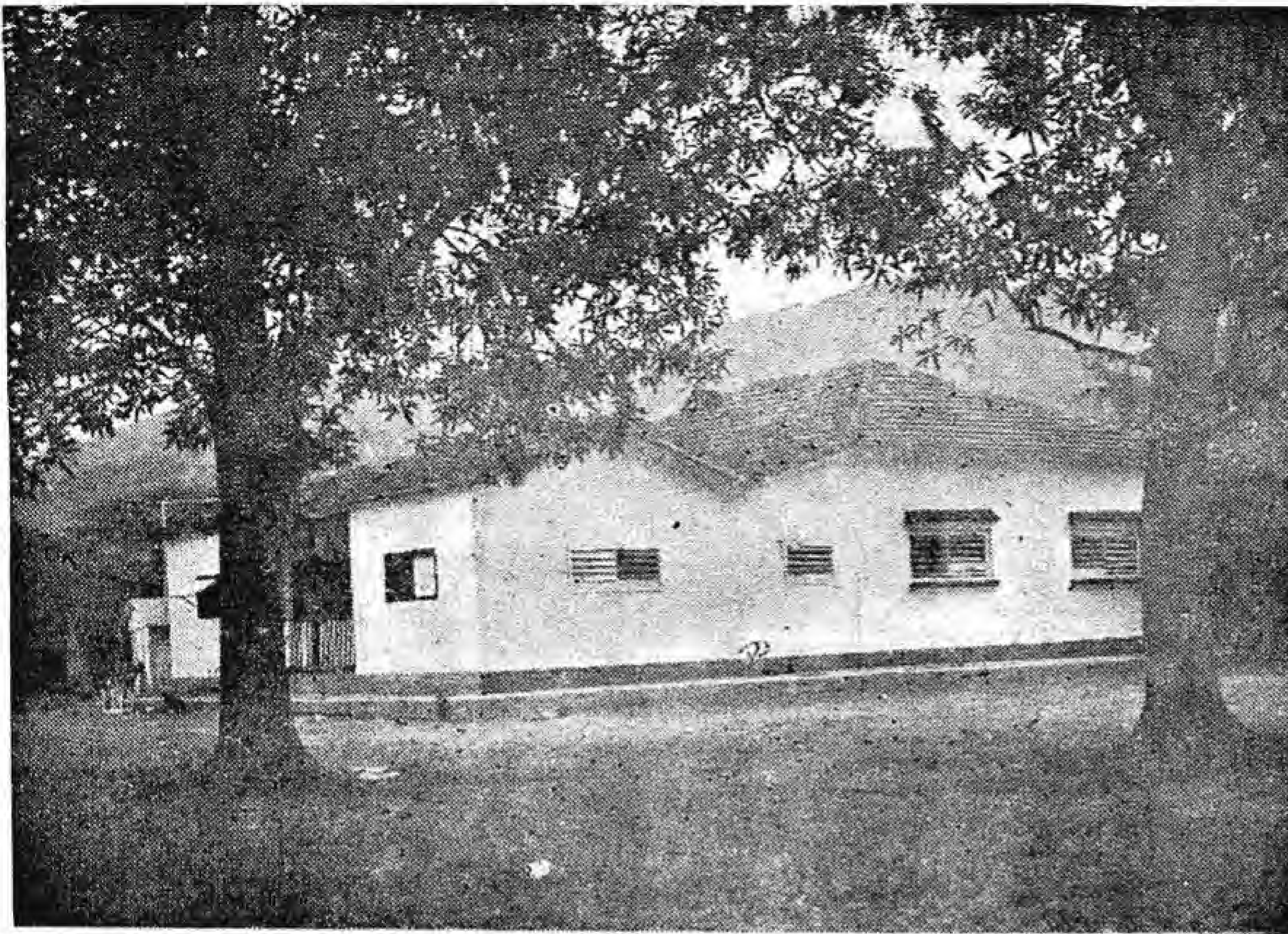




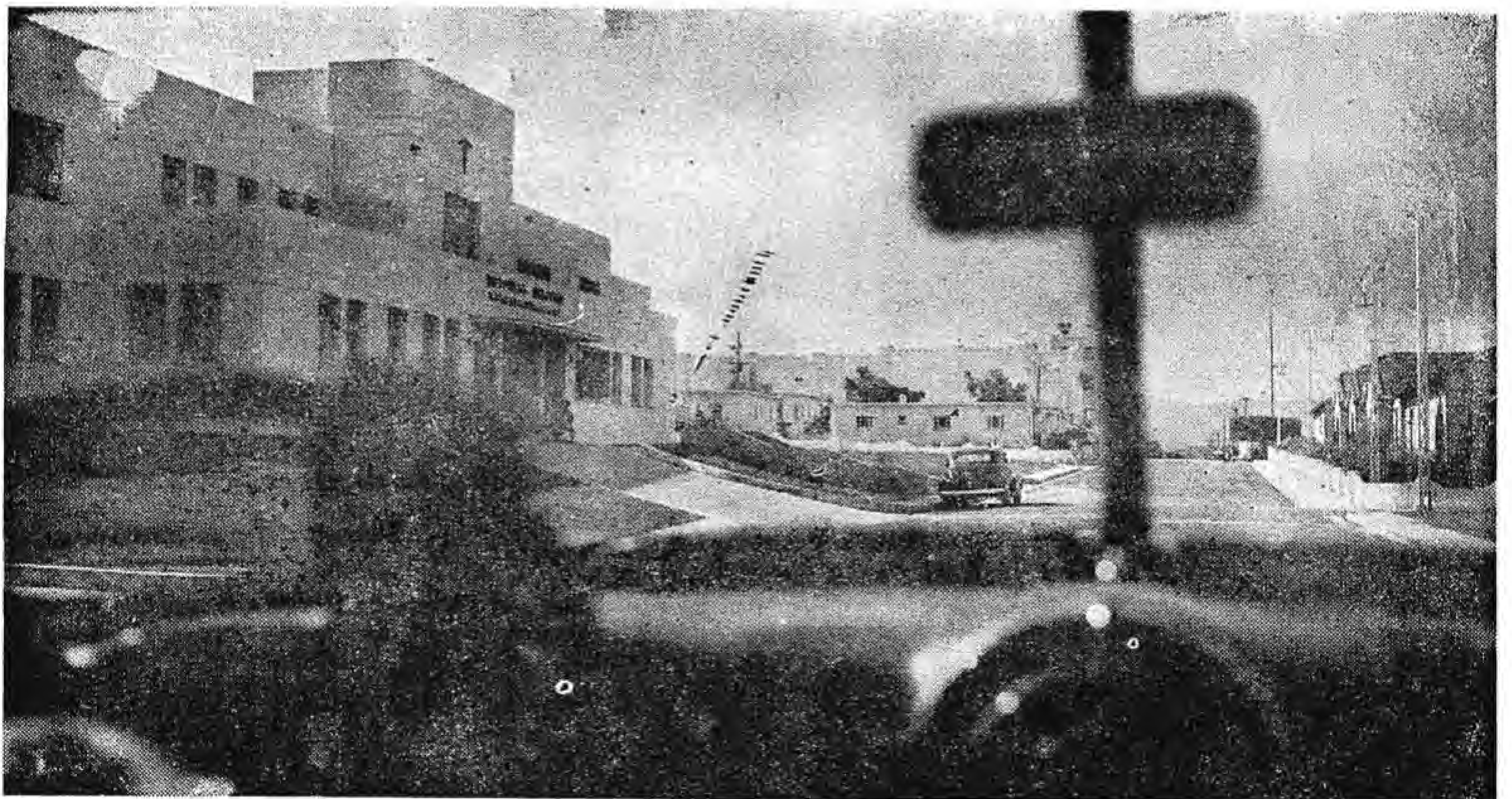
Entre turistas en busca de placeres.

Desde el Puerto de Boniato, la prisión provincial y la aurora.

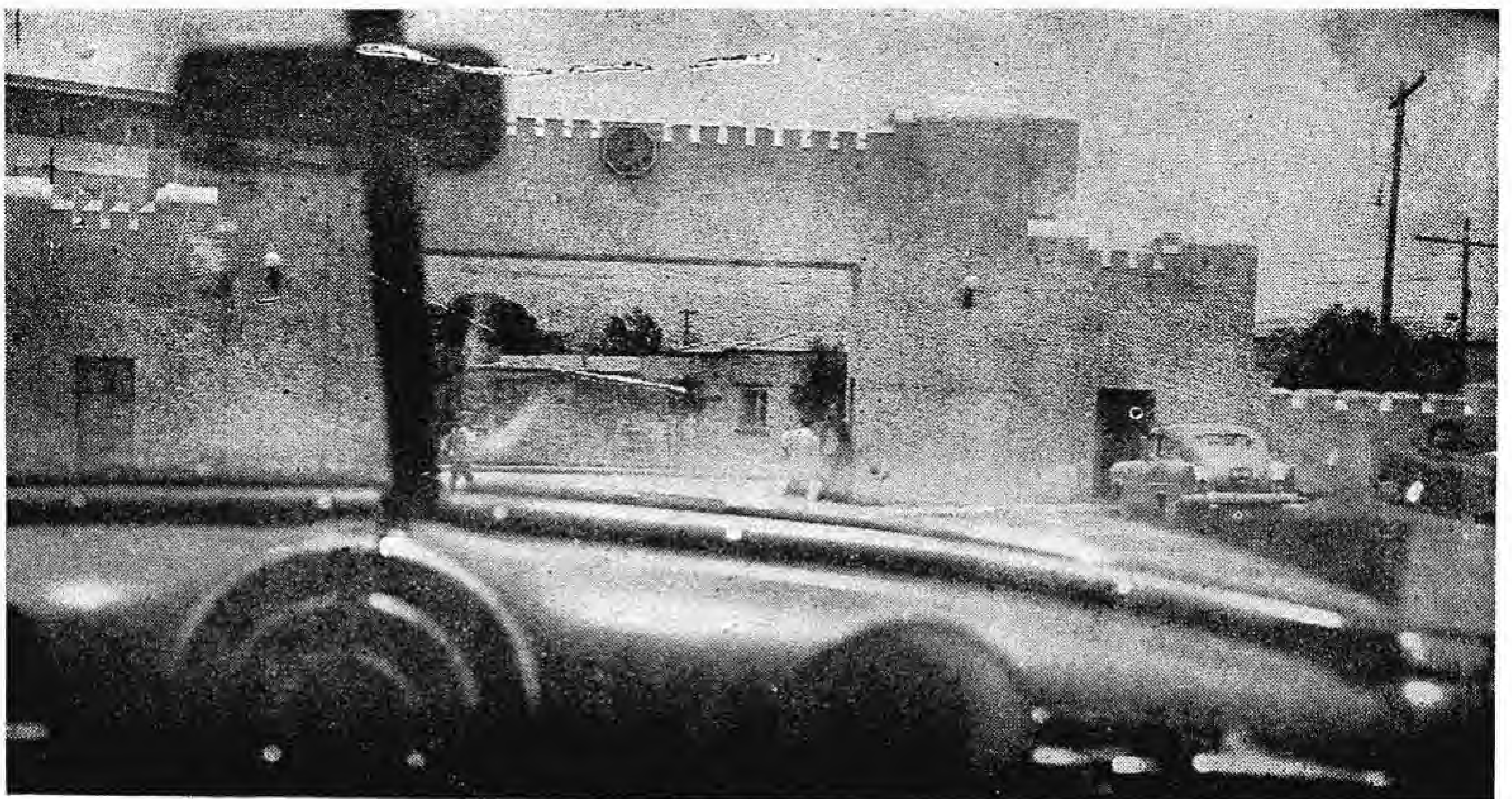




En esta casa se reunieron los revolucionarios



El hospital sirvió de refugio a los rebeldes



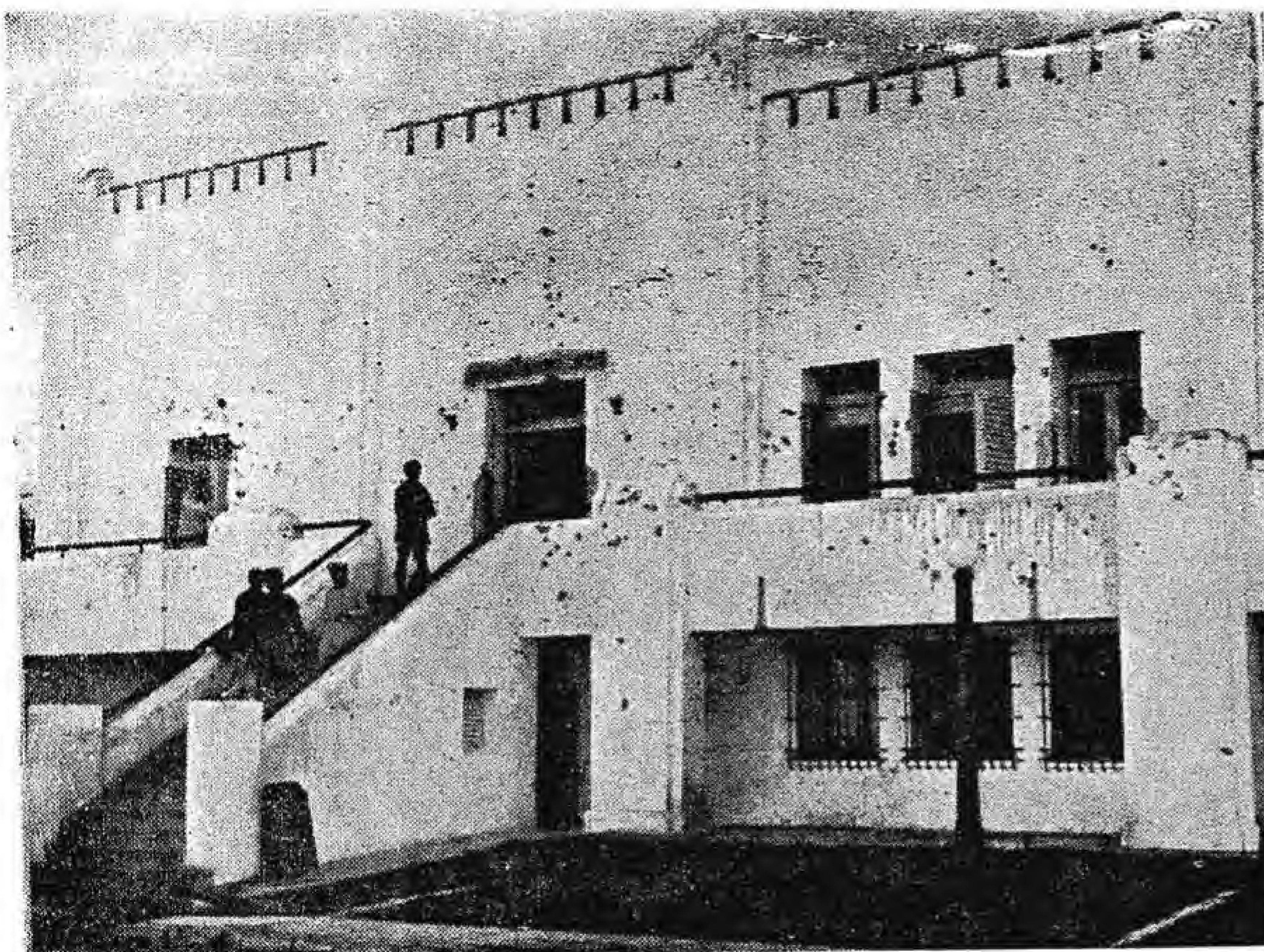
La posta frente a la jefatura, recibió el primer asalto.



En los patios, en la oficina, frente a la barbería queda ron los muertos







El domingo de Santa Ana se vieron impactos de balas en las paredes



La soldadesca mira los muertos, algunos hasta sonri en...



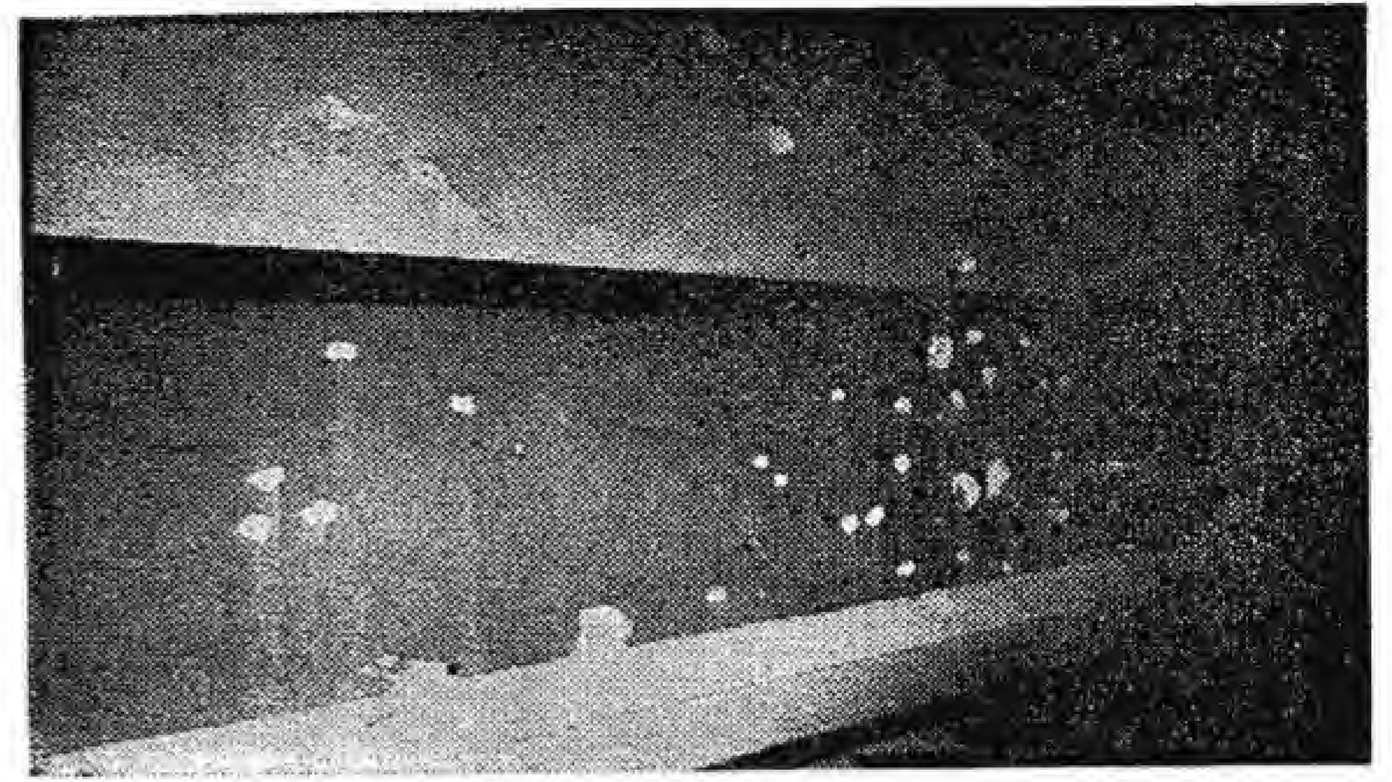
a este joven no lo identificaron, lo tiraron en una caja rudimentaria...



dos balazos por la espalda, junto al fusil ya inútil...



Omar Girón no era revolucionario, pero también lo asesinaron...



en las paredes del cuartel quedaban las huellas de los tiros



Este combatiente cayó de cara al suelo...



allí los dejaron para que el pueblo los viera...



este otro cayó de cara al sol, allí también quedó...



¿dónde y cómo cayeron estos dos combatientes?



Chaviano, un asesino profesional y torpe, comienza el interrogatorio





Fidel, y sus compañeros, Montano, Almeida, Mestre, Alcalde, Suárez, González y Chané



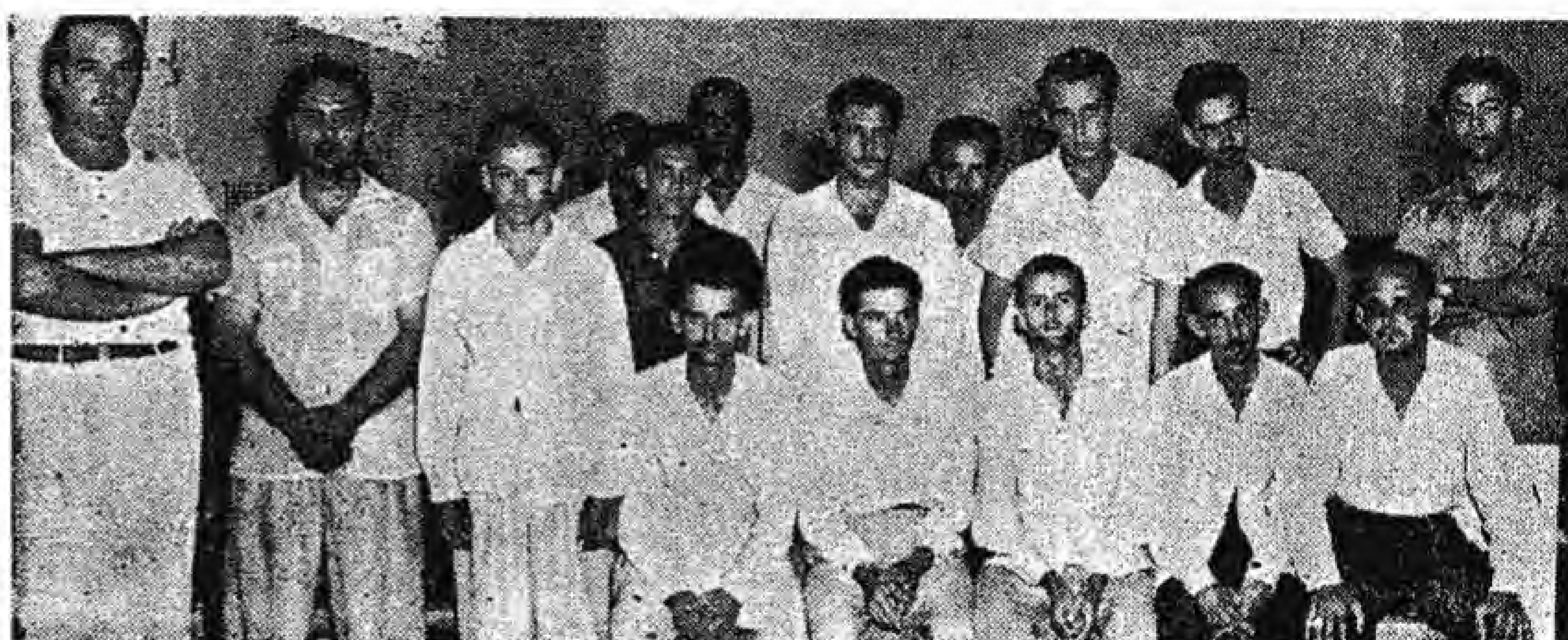
La prueba de la parafina, argumento leguleyo



Adolfo Alomá, héroe anónimo del proceso



Haydée Santamaría y Melba Hernández



Un grupo del 26 de Julio en el vivac de Santiago



Fidel: líder en el asalto y líder de la Revolución.



LOS HEROES



Pedro Miret: valeroso en la Insurrección,



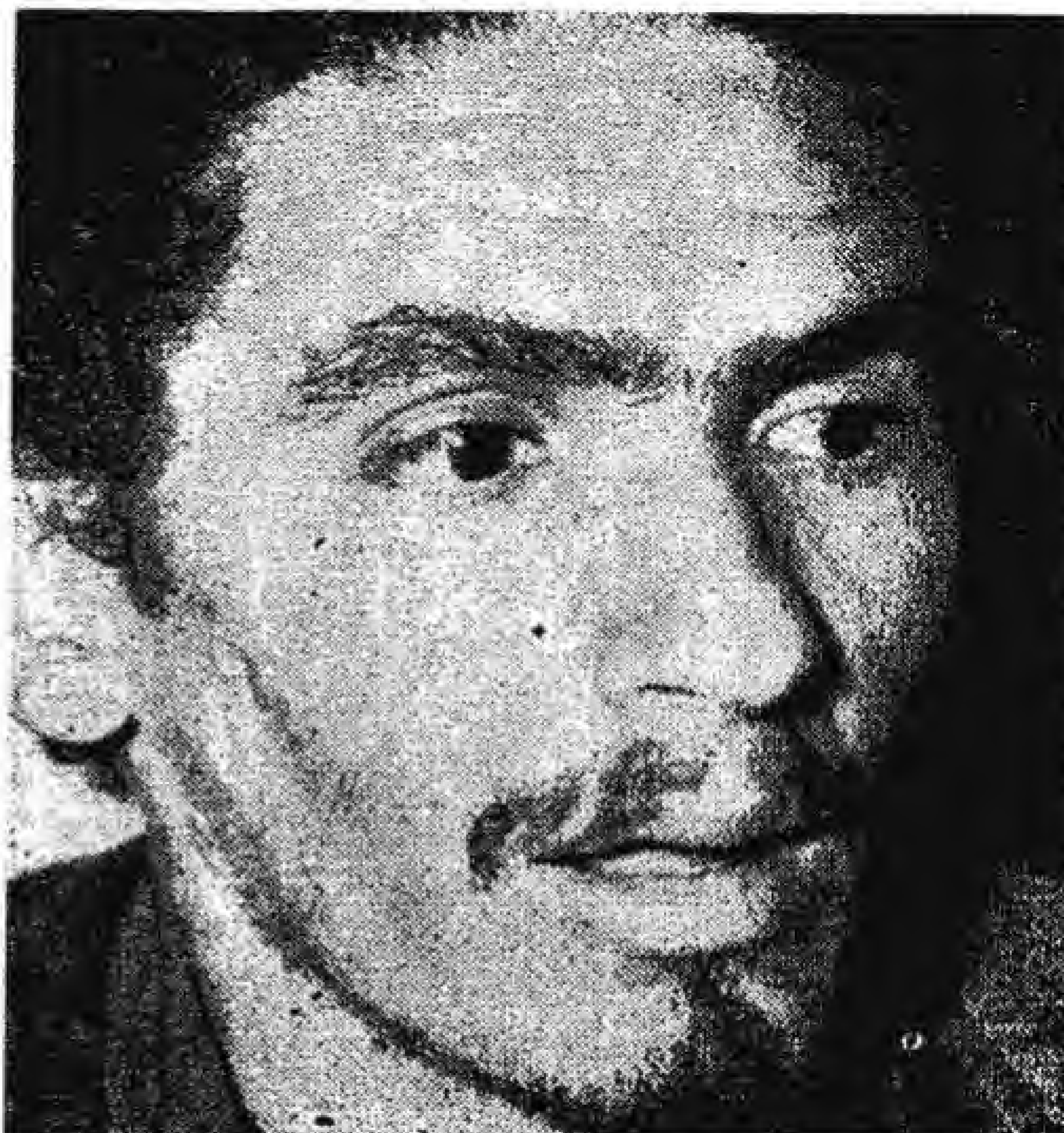
Raúl: a los 20 años un héroe, a los 27 guía del pueblo



Calixto García: su modestia no oculta su coraje revolucionario.



Almeida: primero en el Moncada, en el Granma, en la Sierra.



Ramiro Valdés: el único que completó el ciclo Monco da-Granma-Invasión.

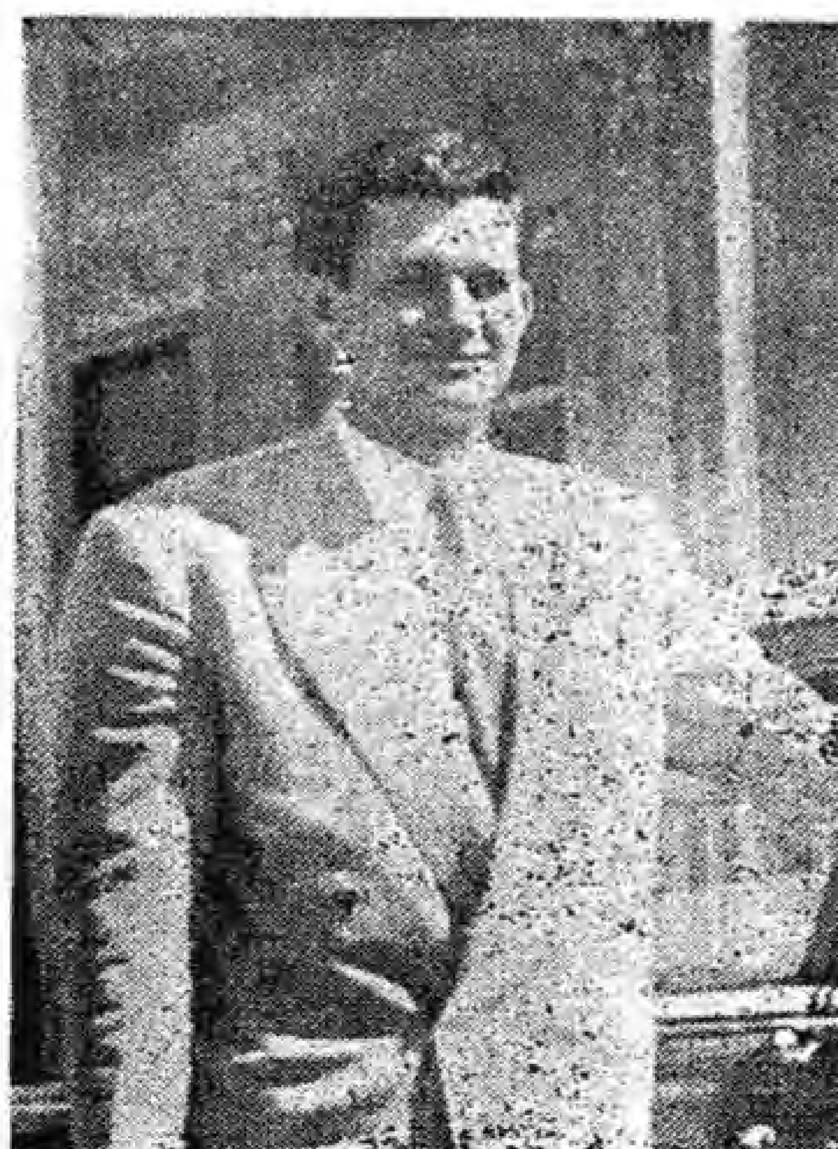
LOS MARTIRES



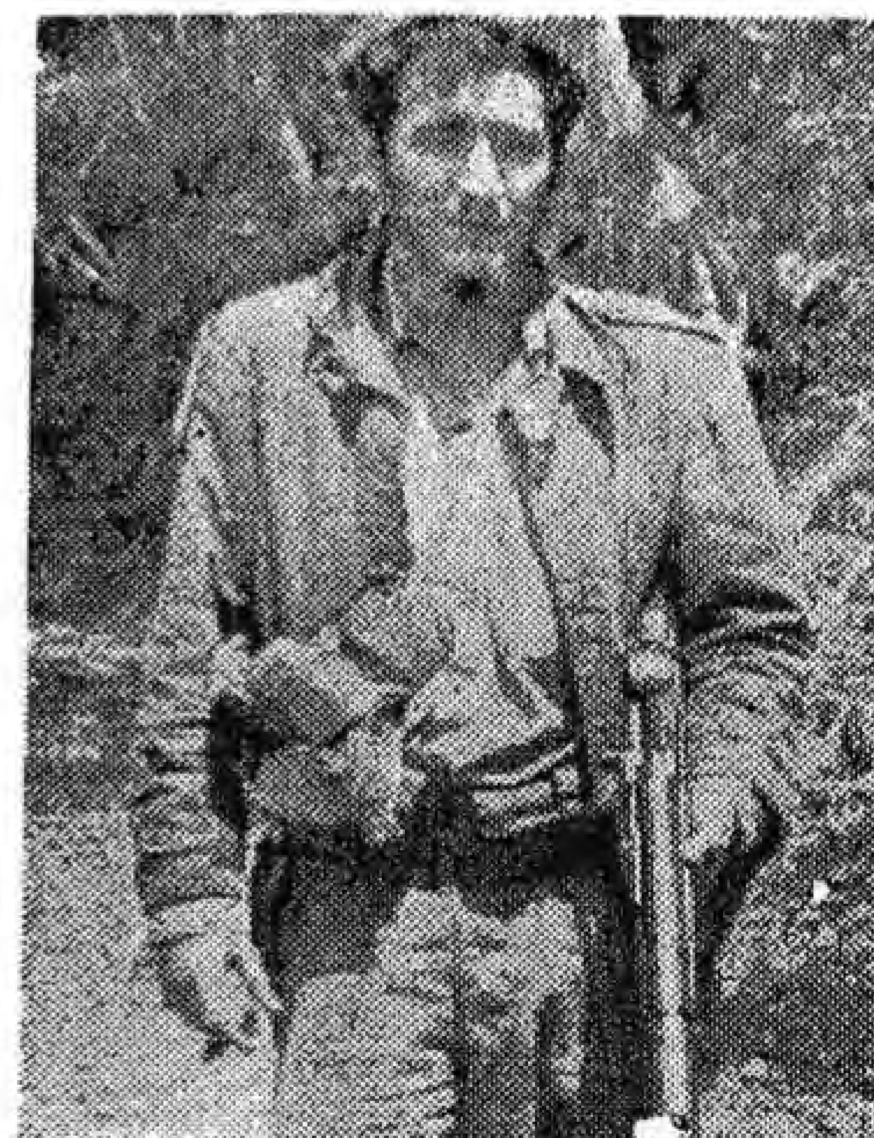
Abel Santamaría: sufrió la tortura y la muerte como parte ***del deber.***



Gómez García: cayó entre los valerosos, los justos y los buenos.



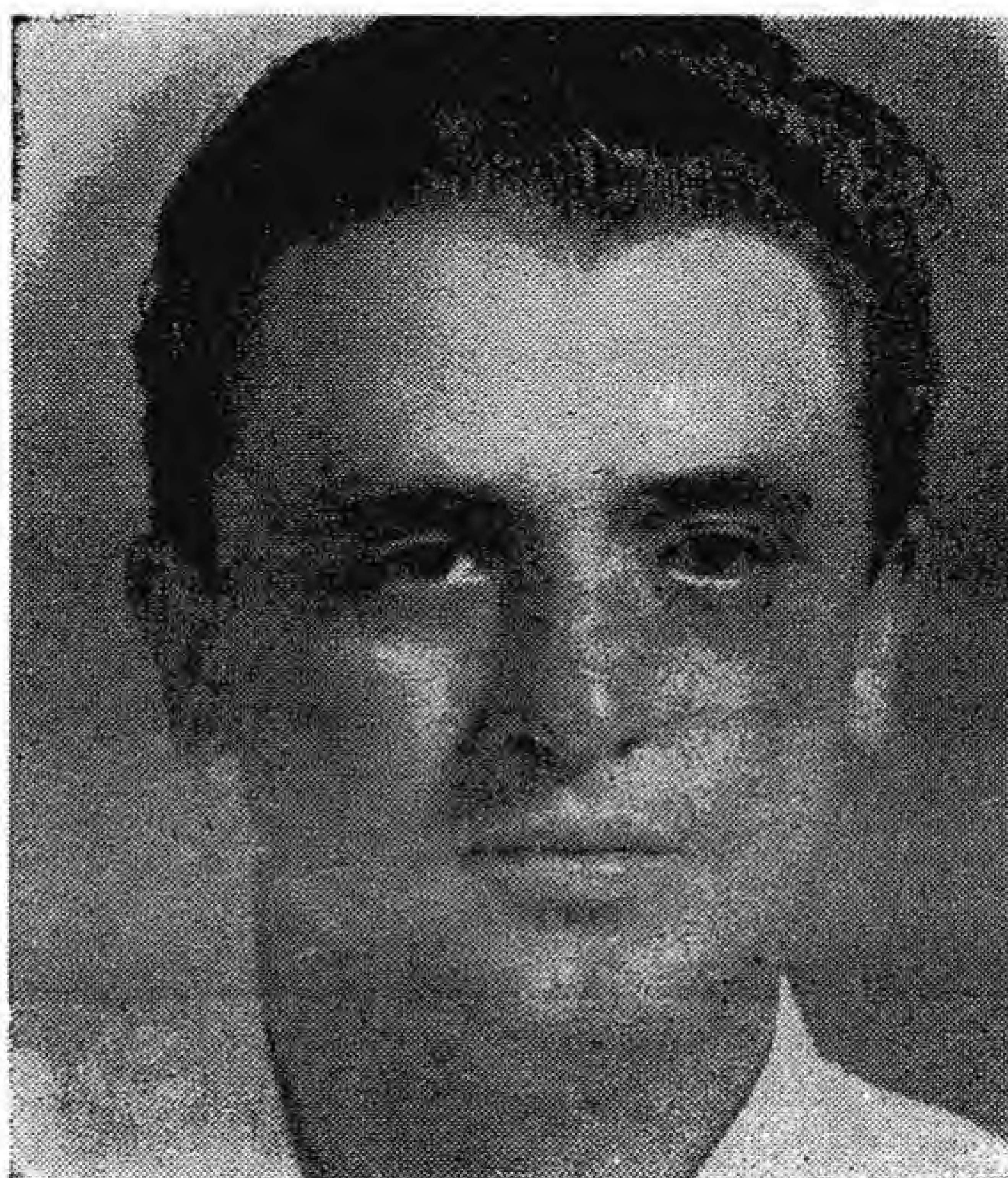
Boris Santa Coloma: duele su muerte por lo necesario que es hoy.



Ciro Redondo: ***héroe del Moncada*** *mártir de la lucha* ***en la Sierra***



Muñoz: hizo del juramento de Hipócrates un acta heroica.



Renato Guitart: su entusiasmo ante el combate fué legendario.

